EN EL RANCHO UPPER CREEK

Con cicatrices

Dulce Martínez

CON CICATRICES

Rancho upper creek 1

DULCE MARTÍNEZ

ÍNDICE

Contenido

ÍNDICE
TEXTOS LEGALES
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS

TEXTOS LEGALES

Un vaquero con cicatrices. Rancho Upper Creek 1
Dulce Martínez
ASIN:

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros medios sin permiso previo y expreso de la autora. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual recogida en los artículos 270 y siguientes del Código Penal.

Los personajes, eventos y sucesos presentados en la presente obra son ficción y cualquier semejanza con personas o hechos reales es pura coincidencia.

Gracias por comprar esta novela. Puedes ponerte en contacto conmigo a través de mi correo electrónico dulcemartinezwri@gmail.com o de mis redes sociales.

CAPÍTULO 1

Gracey Jones todavía se estaba bajando de la furgoneta cuando su madre ya la estaba arrancando para no llegar tarde al trabajo y, mientras se acomodaba el vestido vaporoso de flores, no pudo evitar pensar en cuánto tiempo aguantaría el vehículo antes de que lo tuvieran que volver a arreglar. Probablemente menos de lo que sería necesario. Sacudió la cabeza evitando esos pensamientos, provocando que sus pequeños rizos negros cayesen sobre sus hombros y se dirigió a la entrada principal del Rancho Upper Creek.

Upper Creek era uno de los ranchos más extensos y antiguos de Mountainview Valley y se situaba al oeste del pueblo, con el río cruzando parte de sus terrenos. Hacía tiempo que no entraba allí, desde que los abuelos de los actuales propietarios dejaron la explotación. El espacio central de tierra y la vivienda principal de planta alta estaban tal y como los recordaba. En cambio, algunas de las construcciones de madera cercanas se veían un poco descuidadas.

Hacía muchos años que no estaba allí. No pudo evitar sentirse nerviosa tras cruzar la valla y tuvo que pararse a respirar hondo un par de veces antes de tocar el timbre de la vivienda principal. En el momento en que Brenna Cooney abrió la puerta, el alivio y la decepción se abrieron paso en ella a partes iguales.

– ¿Qué te trae por aquí Gracey Jones? – la chica tenía el brazo apoyado contra la puerta, el labio ligeramente fruncido y Gracey estuvo a punto de arrepentirse de haber timbrado.

–Buenos días, Brenna. Quería hablar con vosotros. Este año formo parte del comité organizador del Festival de la cosecha y queríamos pediros…

–Ya se lo dijimos a la Señora MacEnro la semana pasada. No podemos gastar dinero en tonterías. El rancho no va tan bien como para eso. – la vaquera se cruzó de brazos y Gracey maldijo mentalmente a la señora MacEnro y su capacidad para ser tan entrometida.

–En realidad no estamos pidiendo dinero, Brenna. ¿Seguro que no podemos entrar y hablarlo con más calma? No me llevará más de veinte minutos. – tomó aire y decidió soltarlo todo de golpe – Lo mejor sería que tu hermano estuviese presente también. Como son cosas del rancho…

Después de unos instantes Brenna se echó a un lado y la hizo pasar, invitándola a entrar en la cocina. Gracey intentó estar

tranquila, pero, pese a ser casi quince centímetros más alta, la pequeña de los hermanos Cooney le imponía bastante. Y todavía no se había enfrentado a Archer.

Cuando llegó su hermano Archer, casi diez minutos después, las dos mujeres estaban sentadas en la cocina compartiendo conversación trivial mientras se tomaban un café con leche. La presencia del vaquero le resultó imponente. Archer era alto y fuerte, medía casi un metro noventa, pero con el gorro vaquero que llevaba constantemente puesto parecía mucho más alto. Su piel, normalmente bronceada, se veía sudada y manchada de polvo en la zona de los antebrazos. Su carácter, sin embargo, era igual de fuerte que el de su hermana.

–¿Ha pasado algo? ¿Para qué me has sacado de las cuadras?

Brenna se encogió de hombros mientras le daba otro trago a la bebida y con una sonrisa ladeada indicó.

–Dice que tiene que hablar con nosotros del festival de la cosecha y que tenías que estar tú presente. No sé nada más.

–¡Brenna! Sabes que estamos muy ocupados. Ya le explicamos la semana pasada a aquella chismosa que no podíamos darles ni un céntimo. ¿No podías decírselo tú sola a ella?

Perpleja viendo como hablaban sobre ella mientras la ignoraban, Gracey comenzó a apretar los labios de manera repetitiva, como le sucedía cuando se sentía muy nerviosa. Los veía discutir y se sentía incapaz de intervenir hasta que le dio la sensación de que Archer estaba a punto de salir de la cocina al exterior por la puerta lateral.

–¿Podéis escucharme un momento? No estamos pidiendo dinero. Sabemos que la situación de los ranchos de Mountainview Valley no es fácil por culpa de la crisis y que las inundaciones del pasado enero han afectado a muchos de los comercios locales.

– ¿Entonces qué es lo queréis? – Archer hundió el sombrero vaquero en su cabeza hasta las orejas y cruzó los brazos del mismo modo que le había visto hacer a su hermana un rato antes. Gracey se dio cuenta de que el brazo derecho no subía tanto como el otro y que lo sujetaba con el izquierdo en cuanto llevaba un rato en esa posición. – Y daos prisa. El veterinario está a punto de llegar y necesito estar con él. No puedo hacerlo esperar.

Con miedo a que se marchase antes de que le diese tiempo a explicarse, Gracey respiró hondo y lanzó la bomba que quería decir de carrerilla, como lo había estado preparando mentalmente.

–No queremos pedir dinero a los negocios porque sabemos que muchos no pueden apoyarnos de esa manera. Sin embargo, queremos hacer un gran Festival de la Cosecha para intentar animar a todos los del pueblo y a la gente que venga ese fin de semana a Mountainview

Valley. Y para eso necesitamos la colaboración de todos. Os pedimos que nos ayudéis con material que tengáis en el rancho y que podáis prestarnos. Los MacEnro y los Lawson, por ejemplo, nos han dicho que pueden dejarnos pacas de forraje para hacer el laberinto infantil y para delimitar las zonas de las actividades. Además, con el dinero que se recaude se ayudará a los señores Holden a arreglar su granja, que ha sido una de las grandes perjudicadas por las inundaciones.

Los dos hermanos cruzaron una mirada rápida mientras ella se explicaba y el mayor volvió a ajustarse el sombrero antes de levantar la cabeza hacia ella.

–De acuerdo. Podemos hablar con nuestros hombres para que acudan a ayudar con el montaje y prestar algún material que tengamos en el rancho. Cuando sepáis lo que os hace falta, se lo decís a mi hermana. Si ya has acabado…

El vaquero comenzó a girarse para dirigirse hacia la puerta trasera de la cocina cuando Gracey lo interrumpió de manera apresurada.

–Hay algo más. Durante el festival se organizará una subasta de solteros de los ranchos. Para ayudar a los Holden.

Archer se quedó inmóvil en medio de la cocina y negó con la cabeza de espaldas a las dos mujeres.

–Ni hablar. No pienso participar en una cosa así.

–Lo harás– respondió su hermana– Los Holden ayudaron a los abuelos hace muchos años, cuando estuvieron a punto de perderlo todo en el incendio, y lo sabes. Es una cuestión de honor.

El hombre se giró completamente hasta quedar frente a Gracey y clavó su mirada dura en ella a la sombra del ala del sombrero. Tenía el ceño fruncido y apenas se le veían las cicatrices del lado derecho, en la zona del pómulo. El cabreo que intentaba ocultar era palpable.

–Muy bien. Lo haré. Por los Holden. Pero no me volváis a molestar con estas tonterías hasta que llegue el día.

Pocos minutos después Gracey se despedía de Brenna y salía del Rancho Upper Creek con una sonrisa en la boca. A Archer no le había hecho ninguna gracia, pero ella estaba en el cielo. Después de varias semanas de odiosas reuniones con la señora MacEnro y sus amigas, de debates con el resto del comité y de perder el escaso tiempo libre que tenía entre su trabajo y los estudios, sitió que todo el esfuerzo valía la pena.

Había caído en el embrujo de Archer Cooner cuando tenía 13 años. Pero esta vez tendría una oportunidad. No se trataba del adolescente que con 17 años venía a Montana a pasar el verano en el rancho de sus abuelos para luego regresar a California para comenzar el curso. Tampoco era el joven que una productora había contratado para actuar de doble en escenas de acción a lomos de un caballo y que

finalmente le había supuesto aquel accidente. En ese momento vivía allí, en Montainview Valley, y ella estaba dispuesta a aprovechar su oportunidad. Puede que hubiese tardado diez años, pero al fin iba a conseguir una cita con él en ese Festival de la Cosecha.

Metió la mano en su bolso, sacó los auriculares y le dio a reproducir a una de sus listas de música favoritas. Tenía casi una hora de regreso caminando hasta su casa, pero le daba igual. En poco más de un mes tendría su cita con Archer. Ahora solo tenía que ahorrar el dinero de las propinas suficiente como para ganarlo en la subasta.

CAPÍTULO 2

Desde hacía poco más de dos años Gracey trabajaba en The Sweet and Wild, una cafetería que servía desayunos desde muy temprano y comidas hasta tan tarde que, en ocasiones, podían denominarse como cenas tempranas. Se trataba de un local muy bonito, con estética retro y plantas decorativas distribuidas por todo el local.

En ese momento, Gracey se encontraba terminando de recoger los servicios del desayuno mientras esperaba que llegase Katie Jenkins, su compañera de trabajo y de la que estaba casi segura que su jefe estaba enamorado. Le tocaba cambio de turno y quería que todo estuviese listo para cuando llegase su compañera. Entró en el almacén para recoger varios productos para reponer las cámaras y cuando salió se encontró con que los hermanos Cooney acababan de llegar.

Brenna estaba sentada ante la barra con una sonrisa cínica en el rostro. Su hermano Archer, sin embargo, tenía una mirada dura clavada en ella mientras hablaba en una zona apartada con Edrick Hudson, su jefe, dueño de la cafetería, del edificio en el que estaba y de al menos cuatro negocios más en Mountainview Valley. Parecía que era uno de los pocos empresarios locales al que no le había afectado la crisis, ya que todos sus negocios seguían funcionando con precisión.

Dejó lo que llevaba sobre la cámara frigorífica más cercana y se acercó a Brenna para atenderla maldiciendo mentalmente que Katie volviese a llegar tarde. No le gustaba la expresión que tenía la pequeña de los Cooney, pero no podía hacer otra cosa que fingir una sonrisa y atenderla lo mejor posible.

–Buenos días Brenna, ¿qué te puedo poner?

–Hola Gracey, no sabía que te iba a encontrar aquí.

–Pues tengo el primer turno desde hace algún tiempo, para que me dé tiempo a…

–Lo decía porque pensaba que el Comité del Festival de la Cosecha te quitaba el tiempo para todo lo demás. –la interrumpió mordaz, con una sonrisa burlona que le hizo morderse los carrillos por dentro para evitar contestar a la provocación– ¿Cómo llevan las damas de Mountainview Valley que estés a punto de quitarles el cargo?

–Estoy ayudando a organizarlo. Todos los años piden ayuda, desde que yo era una niña. Si te ofrecieses, también te querrían de voluntaria.

Escuchó la puerta abrirse y vio a Katie entrar casi corriendo

mientras le pedía perdón juntando las manos por el retraso, como la mitad de los días. De reojo buscó a los dos hombres y se dio cuenta de cómo Endrick seguía con la vista a su compañera, casi ignorando al vaquero que tenía a su derecha. Cuando su mirada se cruzó con la de Archer, éste hundió más el sombrero del lado derecho, tapando prácticamente todo su rostro, antes de ponerse de espaldas. Un carraspeo interrumpió sus pensamientos y al levantar la vista se encontró de nuevo con la expresión burlona de Brenna.

–Vaya, que te has apuntado a lo del Festival en un gesto totalmente altruista y no porque tengas un interés en algo o alguien, ¿no? Porque sé que no has ido a ningún otro rancho a informarles personalmente.

Gracey sintió cómo le quemaban las mejillas por las suspicacias de la otra. Cuando vio que Katie y Edrick estaban tras ella en la barra el calor se extendió por su cuerpo queriendo matar a la vaquera, pero siendo incapaz de callarla.

–No tengo nada contra ti, Gracey, en serio. Siempre has sido una buena chica. Pero tienes que saber que mi hermano ya no se parece en nada al chico que venía aquí de vacaciones y seguías en bicicleta. Desde que tuvo el accidente ha cambiado. Mucho. Y no creo que tengas nada que hacer.

–No sé a qué te refieres, Brenna. Y no tengo tiempo para hablar nada más. Tengo una tutoría, me tengo que ir.

Al girarse vio tras de sí a su jefe y a su compañera que las observaban sin disimulo, supo a ciencia cierta que habían escuchado toda su conversación y la invadió la vergüenza.

–Recojo mis cosas y me marcho que sino no llego a tiempo al bus. Ya he repuesto las cámaras y las bandejas están en la cocina. Hasta luego.

Salió de la cafetería lo más rápido que pudo. Edrick, su jefe, intentó detenerla, pero se excusó con un gesto rápido con la mano mientras se dirigía a la salida. Lo bueno, al menos, era que Archer había salido del The Sweet and Wild momentos antes de su conversación con Breena, porque estaba completamente segura de que a la pequeña de los Cooney le hubiera dado igual tenerla enfrente de su hermano.

Hacía mucho tiempo que no se sentía tan incómoda y volvió a envidiar a Brenna. A muchas chicas del pueblo no les caía bien ya en aquellos años cuando solo venía en vacaciones al rancho de sus abuelos, pero ella siempre había admirado esa determinación y fortaleza en su carácter. Todos hablaban del carácter de Archer, pero ella estaba segura de que la verdadera fuerza de la naturaleza que había en el Rancho Upper Creek era la hermana pequeña, aunque esa vez le hubiera tocado sufrirla.

CAPÍTULO 3

Dos días después del incidente en la cafetería reunió el valor suficiente y volvió al Rancho Upper Creek. Había estado dudando de qué hacer, pero se dijo que no había llegado hasta ese punto como para abandonar. Incluso aunque los Cooney supiesen su plan. Era algo que no podía descartar después de su conversación con Brenna, pero ya había decidido que le daba igual. Estaba convencida de que la recompensa merecería la pena. Incluso a riesgo de morir de vergüenza.

Subida en su antigua bicicleta de paseo cruzó las verjas de acceso al rancho y la apoyó junto a un caseto para aperos. No era el medio de transporte ideal ya que era una bicicleta antigua que costaba mover y por el esfuerzo y el clima estaba sudada. La coleta y los rizos estaban descontrolados, pero la vieja camioneta de su madre volvía a estar en el taller y andando tardaría demasiado. Suspiró tratando de acomodar el peinado y se despegó el vestido claro con flores del cuerpo. Hacía bastante bochorno. Como el que suele preceder a una tormenta.

Antes de llegar a la puerta de la casa le pareció escuchar voces y al girarse vio que Brenna se acercaba con Cody Ford, un trabajador del rancho de la misma edad de Archer pero mucho más amistoso que cualquiera de los hermanos. La vaquera le hizo una seña indicando que los esperase y Cody le regaló una sonrisa. Se estiró el vestido y pensó que al menos ese día alguien sería amable con ella en ese lugar.

–Le he dicho a Cody que se viniera porque cuando les explicamos tus ideas del festival nos dijo que se encargaría de echar una mano y de convencer a otros compañeros de que vayan como voluntarios.

–Buenas tardes, Gracey. Ya me ha explicado Brenna que las damas de Mountainview te han captado para que las ayudes…–lo dijo con una sonrisa sincera mientras le tocaba en el hombro con camaradería– Sé que a algunos no les gusta, pero yo también creo que, después de los malos tiempos que atraviesa el pueblo, una manera de ayudar es hacer que todo el mundo se distraiga y lo pase bien. Aunque sea por un rato. Y eso seguro que lo consigue un buen festival de la cosecha.

Gracey le agradeció sus palabras siguiendo a la otra chica hasta la cocina, en donde vio con alivio cómo le sirviera un vaso de agua con hielo y limón, ya que después del trayecto en bicicleta necesitaba

refrescarse.

–¿Ya sabéis lo que necesitáis para el festival? –no hubo conversación previa, Brenna seguía siendo tan directa como la recordaba– Hemos guardado unas planchas de madera que os podrían servir y que ya no queremos.

–He traído unas notas de la última reunión del comité con varias cosas que están pendientes. Además, los Lawson se han ofrecido para poner una actividad de monta y doma para los más pequeños, pero dicen que necesitan ayuda para montar los establos. Y quizá uno o dos caballos mansos.

–De acuerdo. –la otra a la vez leía sus notas asintiendo con firmeza y después pasándosela a su empleado– Tenemos caballetes y lonas, pero no sé si de esas medidas.

–Podemos ir a comprobarlo antes de que se vaya, si quieres. –añadió Cody con el papel en la mano– Y en los viejos almacenes hay herramientas antiguas en buen estado, por si las queréis para decorar o para hacer algunos talleres.

–Eso estaría genial, Cody. Estamos buscando más actividades para hacer con los niños y las familias.

–Claro, no todo va a ser subastar solteros. –nada más decirlo le dio un codazo a Brenna y los dos se echaron a reír con tantas ganas que Gracey se sonrojó pensando que lo decían por ella. –¿Sabes que tienes a la mitad de los vaqueros solteros de Mountainview Valley nerviosos con tu idea, Gracey?

Ella se quedó muda, sin saber qué responder y se puso en pie como un acto reflejo en el momento en que vio que los otros lo hacían y salían de la cocina para dirigirse al exterior. Aceleró el paso y se puso junto a Brenna.

–¿Tu hermano no va a volver a estar en estas reuniones, ¿verdad?

La vaquera la contempló quieta durante unos segundos antes de echar a andar levantando el polvo del suelo de tierra y responder.

–No, no lo creo. Se ha vuelto arisco desde el accidente. –pareció reflexionar unos instantes antes cruzar la puerta de uno de los almacenes. Se giró y en voz baja le susurró– Suerte tendrás si finalmente decide participar en tu subasta de vaqueros solteros. Pienso echarte un cable, pero no te hagas muchas ilusiones.

Cuando entraron Cody Ford estaba demasiado cerca como para responderle sin que les escuchase. Quería negar que la idea de la subasta había sido suya o que toda su intención era que su hermano participase en ella para poder pujar y conseguir una cita, pero le daba vergüenza y no quería exponerse ante más gente.

Una vez comprobaron las medidas de las lonas, los tablones y unas mesas grandes que tenían allí apiladas y que ya no había más

motivos para demorarse allí, decidió que tenía que averiguar si iban a poder ver a Archer antes de irse.

–¿Tu hermano no está en el racho? No lo he visto desde que he llegado.

–Ha ido a la zona de las lagunas Blackmoon a ver el estado del cercado.

–Pero eso está muy lejos.

–Para eso están los caballos. –le respondió con una risa cínica– Y de eso, en un rancho de cría de caballos, tenemos de sobra.

–¿Ha ido a caballo? Pensaba que ya no podía montar…

–Gracey, quizá no te hayas dado cuenta, pero mi hermano es todo un Cooney. Puede cuidarse solo.

–Ya, pero con la lesión… y está a punto de comenzar una tormenta.

–Créeme, sabe cuidar de sí mismo. –volvió a ver el reloj con impaciencia y le hizo un gesto a Cody– Nosotros tenemos que ir hasta el rancho de los McLain. Si quieres puedo darte mi número. Así me puedes escribir para decirme lo que necesitáis sin tener que venir.

Gracey Jones asintió dejando escapar todo el aire que tenía en los pulmones. Esa mujer había dejado muy claro el asunto. Su hermano no tenía intención de volver a estar presente en sus visitas porque no le interesaban ni el festival ni ella. Y Brenna había concluido que era mejor que tratase con ella solo por mensaje para hacerlo más sencillo para todos.

Se despidió de los dos vaqueros en voz baja y se dirigió hacia el caseto en el que había dejado aparcada la bicicleta. Cuando llegó allí los otros dos salían del rancho en una vieja camioneta roja que tenía un estado de conservación similar a la de su madre.

Se puso el casco y se montó en la bicicleta cuando sintió que le caían encima las primeras gotas de lluvia sobre la piel. Levantó la vista y comprobó que se estaba cerrando la tormenta. Estaba completamente encapotado y las nubes eran de un gris oscuro, sin que se apreciase un solo espacio azul en el cielo.

En ese momento, giró su vieja bicicleta hacia el interior del rancho. Sabía lo que le había dicho Brenna respecto a su hermano, pero también sabía que el terreno era peligroso en la zona de las lagunas a donde él había ido. Especialmente con una tormenta y una lesión que no permitía mover bien el brazo.

Solo tenía un pensamiento en mente antes de comenzar a pedalear más rápido que en toda su vida.

–Archer.

CAPÍTULO 4

La lluvia caía cada vez con más fuerza, con el cielo completamente oscurecido y el ruido de los truenos lejanos estallaba de fondo. Gracey pedaleaba sin pausa, intentando ir a la mayor velocidad que le permitían sus piernas y aquella ridícula bicicleta de paseo, mientras se acercaba a la zona de las lagunas Blackmoon.

Con esfuerzo apartó un mechón de cabello completamente empapado de delante del ojo. Estaba llegando a una zona complicada, cada vez con más baches y desniveles, y apenas contaba con iluminación. Intentaba estar concentrada porque un error podía ser fatal, especialmente porque era una zona apartada y nadie sabía que estaba allí. Sacudió la cabeza mientras divisaba al frente, desechando esa clase de pensamientos. Tenía que centrarse en lo importante. Había ido a buscar a Archer y asegurarse de que estaba bien.

Apenas había llegado a la zona de las lagunas cuando escuchó un relincho a la vez que caía un rayo cercano. Gracey se asustó y dio un grito a la vez que perdía el control de la bicicleta.

Momentos después sentía que le ardía la cabeza y echó la mano para tocar la zona a la vez que abría los ojos.

–Solo es un chichón. Mañana estarás como nueva.

La voz grave y rasposa de Archer se le clavó en las tripas y volvió a cerrar los ojos. No se atrevía a enfrentarse a él en ese momento. Tampoco sabía dónde se encontraba, aunque le había parecido que estaba en una pequeña cabaña.

–¿Estás bien? Intenta no quedarte dormida. –se acercó a ella y le tocó la mejilla con suavidad –Deberías usar casco si vas a hacer el tonto con la bicicleta.

–Lo puse, pero no me cerraba bien. Se debió salir o caer…–se incorporó despacio, con cuidado y se dio cuenta de que estaba sobre un viejo sofá y que él estaba frente a ella, con el gesto torcido y, como siempre, el sombrero de ala vaquero hundido hasta las cejas– ¿Cómo me has encontrado?

–Escuché un grito y salí. Estabas a unos metros de esta cabaña. Pensaba que intentabas guarecerte aquí– ella negó ligeramente mientras se acomodaba el vestido sobre los muslos. Él dejó salir un gruñido– ¿Qué haces aquí? Este terreno forma parte de nuestro rancho.

Él parecía cabreado. La luz era tenue y no podía ver bien su rostro, a contraluz y tapado con el sombrero, pero el tono de su voz y

su posición corporal no dejaban ver otra cosa. Dudó en qué responder. Se movió ligeramente hacia un lado en el sofá, para dejar un sitio libre junto a ella y dio unos golpecitos sobre el cojín invitándole a sentarse junto a ella.

–Te estaba buscando.

A él se le salió un sonoro bufido antes de acercarse y sentarse en el sofá, intentando colocarse lo más lejos posible de ella.

–Espero que no digas que era por alguna nueva estupidez relacionada con el festival. Todo lo que tenga que ver con eso mejor háblalo con mi hermana. – se calló durante unos segundos y al ver que ella no decía nada añadió– Y eso no justifica que te hayas colado en nuestros terrenos. Es peligroso.

–Ya sé que es peligroso. Por eso te estaba buscando. Brenna me dijo que habías venido a esta zona tú solo y a caballo. Vi que iba a empezar la tormenta. –él frunció los labios, pero continuó– Pensé que podías estar en peligro, que te podía haber pasado algo y decidí venir a ayudarte.

– ¿Ayudarme? Casi te abres la cabeza. Además, sé cuidarme yo solo.

–Sí, eso me dijo Brenna exactamente.

–¿Entonces para qué has venido, Gracey?

Escucharle pronunciar su nombre fue lo que lo inició todo. La forma en que lo había dicho había despertado un hormigueo dentro de ella que tenía que acallar. Sin embargo, en vez de apartar las ideas alocadas que le venían a la mente, solo era capaz de pensar en que, por primera vez, no había nada que la detuviera.

Él no había estado en el rancho aun sabiendo que ella iba a ir a tratar temas del festival y Brenna le había dejado ver claro que no iba a asistir a las siguientes. Además, en septiembre tendría los exámenes de recuperación y, si no existía un buen motivo para quedarse, tendría que cumplir con la palabra que le había dado a su madre de mudarse con ellas a la ciudad.

No había nada que lo impidiese más que su estúpida vergüenza, así que levantó la mano y le acarició la mejilla derecha con el dorso de su mano, con cuidado. Él reacciono de manera brusca, pero diferente de como ella lo hubiera imaginado. Lejos de apartarla o decirle algo, se limitó a hundir el sombrero con fuerza y bajar el ala derecha para tapar su rostro todo lo posible.

Gracey espero unos segundos, hasta que se aseguró de que él no la estaba apartando ni rechazando y continuó con su caricia hasta que le agarró la barbilla con suavidad, inclinando la cara hacia ella. El contacto con su piel era electrizante, como la tormenta que caía de fondo, y el roce de su barba incipiente le raspaba los dedos. Se lo quedó viendo unos instantes y, como se dio cuenta de que él también

estaba inmóvil, reaccionó y lo besó. Era la primera vez que se atrevía a ser ella la que daba el primer paso.

Cuando sus labios rozaron los de Archer se quedó sin aliento. Se trataba de un beso tierno, dulce, casi una caricia. Sin embargo, no pudo preveer su reacción ni la de él. Instantes después de comenzar, el beso se tornó más demandante, su cuerpo ardía al más leve contacto. Archer elevó las manos y, lejos de alejarla, llevó las manos a su cabeza, le soltó el pelo y enterró ambas manos en su cabello, a ambos lados de la cara.

Gracey se dejó llevar por las sensaciones que tenía con aquel beso que, fuera ya de control, le parecía que estaba a punto de dejarla sin aliento y que demandaba un mayor contacto. Se incorporó como pudo en el sofá y se sentó sobre Archer, a horcajadas, como si en esta ocasión ella fuese la amazona.

Con una de sus manos tomó el ala del sombrero hasta que lo retiró de su cabeza y lo lanzó contra el sofá. Necesitaba acariciarlo, verlo. El cabello castaño claro del vaquero era más largo de lo que creía y cayó desordenado sobre su frente y las sienes. Él la agarró con intensidad por la nuca, profundizando el beso, enredando la lengua con la suya, mientras que la otra mano bajaba por su espalda hasta detenerse más abajo de su cintura. El camino que habían dibujado sus dedos en ese recorrido había provocado un incendio en el interior de Gracey.

Cuando bajó las manos del rostro del vaquero hasta su torso y comenzó a abrir los botones de la camisa azul clara, una luz se coló por las rendijas de la ventana situada frente a ellos a la vez que sonaba una bocina.

Archer se separó con rapidez y en cuando se calmó un poco y se dio cuenta del estado en que estaba, alargó el brazo hasta recuperar el sombrero. Con un cuidado que ella no le creía capaz, la tomó en brazos y la pasó al asiento contiguo del sofá antes de incorporarse a toda velocidad y girarse de espaldas a ella.

En un estado de ensimismamiento, Gracey tardó unos segundos en recomponerse y darse cuenta de lo que estaba sucediendo. Ese beso había sido mucho más de lo que ella esperaba recibir. Y aún sin querer hacerse ilusiones, sintió que no le era del todo indiferente.

Estaba intentando controlar la respiración cuando él carraspeó de manera elocuente ante ella. Entreabrió los ojos y lo interrogó con la mirada. Él se limitó a decirle de una manera un tanto seca.

–Cuando estés lista, sal. Mi hermana está fuera esperando para llevarte a tu casa.

CAPÍTULO 5

Gracey llegó al trabajo al día siguiente todavía flotando, como en un sueño, y muy segura de que nada podría sacarla de ese estado. No la disuadió la mirada curiosa de Brenna al salir de la cabaña y entrar en la furgoneta o sus continuos intentos en el trayecto por sonsacarle lo que había pasado antes de que ella llegara. Ni siquiera le importaba haber dejado la bicicleta atrás, pese a que la seguía necesitando.

Tampoco cambió su ánimo el apenas haber dormido por tener que madrugar para estudiar antes de entrar a trabajar en el The Sweet and Wild a las siete de la mañana. Tenía que presentar los exámenes de recuperación a primeros de septiembre, unos días antes de la celebración del festival y el proyecto el fin de semana posterior. Y la organización del mismo tampoco la había podido distraer de ese sentimiento de felicidad y plenitud que se había instaurado en su interior a pesar de haber recibido varias llamadas de las damas del festival con quejas sobre las otras señoras y haciéndole nuevas peticiones de materiales que debería gestionar ella.

Había besado a Archer Cooney y éste no solo le había devuelto el beso, sino que lo había llevado a otro nivel, a uno que no había vivido antes. Hasta hacerla arder por dentro. No podía esperar para verlo y se dijo que tenía que encontrar lo antes posible una excusa para volver al Rancho Upper Creek. Quizá recuperar la bicicleta fuera una lo suficientemente buena.

Poco antes de que se produjese el cambio de turno llegó Edrick Hudson, su jefe, junto con varios vaqueros de la zona, incluyendo a Archer. Toda la alegría que había sentido hasta ese momento se desinfló un poco en un instante. Cuando sus miradas se alcanzaron él la esquivó, desviándola hacia Duncan Ford, un trabajador de su rancho, sin llegar a saludarla. Siguió recogiendo la zona de trabajo intentando controlar la respiración. Ella sabía lo que había sucedido la noche anterior, y él también, aunque quizá no quisiera que el resto lo supieran.

En el momento en que su jefe entró en la zona de la barra le indicó que necesitaba comentarle algo y éste le indicó que lo esperase en la salida trasera. En cuanto vio entrar a su compañera en la cafetería salió por la puerta de emergencia, sacó unas cajas con materiales que Edrick le había pedido que preparase para llevar a otro de sus negocios y se quedó bajo el tejadillo hasta que apareció su jefe

apenas unos minutos después.

–¿Qué querías, Gracey? Debo darme prisa que tengo a esos hombres esperando y aún tenemos que pasar por la gasolinera y la granja de los Holden.

Ella se separó de la pared titubeando. Después de la actitud de Archer tras su encuentro se sentía menos segura que al comienzo del día, pero ahora ya sólo le quedaba tirar adelante.

–Quería recordarte que en unos días comienzan mis exámenes de recuperación y que todavía no me has pasado los horarios de esta semana y la siguiente con mi jornada recortada, como me habías propuesto.

–Tienes razón. He estado distraído con un posible nuevo negocio… Hablaré con Katie antes de marcharme para ver si le interesa hacer más horas y también le preguntaré a la chica nueva del asador si le interesa.

Gracey asintió un poco cabizbaja antes de proseguir con lo que le quería decir. Su jefe había abierto el maletero de la furgoneta para cargar las cajas que ella había preparado y otras que ya estaban allí listas esperando para el transporte.

–Y ese mismo fin de semana tengo que echar una mano en el festival de la cosecha…

–Bueno…–hizo un gesto restándole importancia y volviéndole a demostrar una vez más que siempre había sido un buen jefe con ella– Tú céntrate en los exámenes que para lo del festival hay más personas que lo pueden hacer. No dejes que te líen.

–Si no hace falta. –bajó la cabeza negando– Ya me he liado yo sola…Y ahora no los puedo dejar colgados.

–¿Va todo bien Gracey? Te noto un poco preocupada.

Ella negó pasándole la última de las cajas. Edrick cerró el maletero y posó una mano sobre su hombro de manera afectuosa, intentando animarla.

–No te preocupes que te van a salir bien. Has estudiado un montón, vas a aprobar. Seguro.

Ella posó su mano sobre la de él y levantó la vista con una sonrisa. En ese momento, en lo último que estaba pensando era en los exámenes, pero no le podía decir que lo que de verdad le preocupaba era el comportamiento que había tenido Archer en el interior de la cafetería, así que se limitó a sonreír y a darle las gracias.

Cuando escuchó unas voces de fondo se giró y vio que los vaqueros se habían cansado de esperar por su jefe en el local y se acercaban por el callejón. Archer estaba a un lado junto a su empleado con cara de muy pocos amigos y sin sacarle la vista de encima. Intentando comprobar si lo de antes había sido una equivocación, Gracey le dedicó una sonrisa tímida mientras su jefe se sentaba al

volante de la furgoneta, pero él no se la devolvió, sino que frunció más el ceño. Incapaz de sostenerle la mirada un segundo más para que volviese a comportarse de manera similar a la que había tenido un rato antes decidió volver a entrar en la cafetería y salir por la puerta principal.

CAPÍTULO 6

Gracey pensó confundida que no sabía qué había causado aquel comportamiento de su vaquero y que, lamentablemente para sus intereses, las cosas no habían mejorado en los días posteriores. Pese a que le había dado apuro, había ido ya tres veces más al rancho de los Cooney utilizando la excusa del festival, pero solo había podido reunirse con Brenna y alguno de sus trabajadores.

Sin embargo, esa tarde lo había visto acercarse con el caballo hasta las cuadras desde la ventana de la cocina del rancho, donde estaba con Brenna y Cody. El empleado del rancho había tenido un par de ideas que quería aportar y, a su vez ella había usado la excusa de que estaría casi una semana ausente debido a los exámenes para acercarse hasta el rancho por si podía verlo y atajar lo que fuera que estuviera sucediendo y que lo había apartado de ella tras aquel apasionado beso.

En cuanto lo vio acercándose a la cuadra subido en aquel caballo manso, supo que no aguantaría dejar pasar esa oportunidad, así que se tomó su té de golpe e interrumpió a los otros dos para decirles que se tenía que ir sin ni siquiera poner una excusa.

Salió por la puerta principal y, en cuanto pudo corrió de vuelta hasta llegar a la cuadra en la que lo había visto entrar. Se ahuecó los rizos oscuros con los dedos y repasó que su vestido de volantes de tela tejana estuviera lo más presentable posible. Hizo una mueca al ver el estado de sus botas vaqueras, llenas de polvo del camino, pero no era momento para lamentaciones. Contó hasta tres en su mente y se precipitó al interior.

Archer estaba dentro de uno de los establos, cepillando con delicadeza al caballo con su brazo izquierdo y una expresión de dolor en el rostro. En un momento soltó el cepillo y se agarró el brazo derecho dejando escapar un quejido.

En ese momento, Grace no pudo evitarlo y se lanzó contra él preocupada y, acariciándole la espalda con cuidado de no asustarle, se puso a su costado.

–¿Estás bien? ¿Te sigue doliendo el brazo?

–¿Qué haces aquí, Gracey? – la expresión de su rostro resultaba elocuente; el vaquero apenas podía resistir el dolor – Y puedo soportar que me duela un poco. Soy un Cooney…

–Ya sé, ya sé– le interrumpió agarrándolo por el codo del brazo bueno y llevándolo hasta una paca de forraje limpio situado junto a la

pared, para sentarse ambos en él– Eres un Cooney y puedes cuidarte solo.

Él asintió con un gruñido y se sentó junto a ella, casi sin darse cuenta de que se había dejado llevar. Gracey lo miraba con los ojos cargados de preocupación, sin saber cómo tratar el tema sin que acabase en un enfrentamiento. Los Cooney eran famosos por su legendario mal carácter y no quería tener una discusión, sino volver a acercarse.

Antes de que Gracey se decidiese, Archer retiró la mano de ella de su codo, se apartó ligeramente, hundió más su gorro de vaquero de color negro, dejando su rostro en penumbras y volvió a dirigirse a ella.

–No me has respondido, Gracey. ¿Qué estás haciendo aquí? Y no me respondas que algo del festival porque sabes de sobra que mi hermana apenas viene a los establos.

–He venido a decirle a tu hermana que estaré unos días sin poder pasarme por aquí. Tengo los exámenes de recuperación y es muy importante que apruebe.

El vaquero levantó los hombros en un gesto elocuente de indiferencia y recostó la espalda contra la pared de madera de la estructura. Se veía cansado, casi agotado.

Dudó sobre si decírselo todo o dejarlo así, pero decidió que llegado a este punto no le serviría de nada ninguna treta. Y menos con un hombre como él. Se llenó de valor y lo soltó.

–Quería verte. –se lo pensó unos instantes más antes de vencer la vergüenza y añadir– Y ver cómo están las cosas entre nosotros después de lo que hubo el otro día.

–Entre nosotros no hay nada. –respondió tajante separándose todo lo posible en el asiento improvisado de paja.

–Pero podría.

Archer inclinó la cabeza y se la quedó mirando largo rato sin añadir nada más, limitándose a sujetarse el brazo derecho a la altura del hombro. Y ella volvió a dar el primer paso. Lo besó con dulzura, con calma, un beso muy diferente del que se habían dado la otra tarde en la cabaña y sintió cómo las defensas del hombre caían y la apretaba contra sí en un abrazo. Antes de que él hiciese algo que rompiese el encanto del momento, Gracey se separó despacio y le susurró.

–Nos vemos en cuanto acabe con los exámenes, vaquero.

CAPÍTULO 7

Gracey se dirigió a la dársena del autobús con la sensación de un trabajo bien hecho. Ahora que había terminado los exámenes, debía darse prisa con el trabajo de fin de curso que, aunque tenía clara la idea, tenía menos avanzado en el papel de lo que le gustaría porque entre el trabajo, atender lo relativo al festival de la cosecha y estudiar para los exámenes, casi no le había quedado tiempo libre.

Encontró un sitio en el banco de la parada del autobús, se sentó y se puso los auriculares para entretenerse escuchando música mientras esperaba. Estaba muy segura de que había aprobado los exámenes, y más le valía que fuese cierto porque ya no tenía más margen. Su madre ya le había dicho que habían admitido a su hermana Martha en la Dance with Joy Studios, en Portland, gracias a una baja de última hora de otra alumna y las dos sabían que su hermana pequeña debía recoger ese guante. Siempre había tenido un don para la danza y, si no aprovechaba esa oportunidad, quizá no se volviese a presentar otra más adelante.

El problema, como siempre, era el dinero. La academia y mudarse a Portland iba a ser caro y no tenían ahorros. Su madre quería vender la casa en Mountainview Valley para tener un poco más de dinero con el que arrancar su nueva vida en otro estado y eso dejaba a Gracey en una situación complicada. Quería que su hermana cumpliese su sueño y fuese bailarina, pero ella siempre había querido una oportunidad de estar con Archer, de tener una cita y que ambos pudieran darse cuenta de si estaban hechos el uno para el otro. Y eso no iba a suceder si ella vivía en otro estado.

Y por eso había convencido a su madre de que le diese un poco de cancha. Habían acordado que, si se sacaba el título y conseguía un trabajo con el que ganase lo suficiente para ayudar con los gastos, podría quedarse en Montana, en la casa, y no la vendería. Y si no era así, se mudaría con ellas y seguirían juntas en una familia unida, salvo que hubiese algo que lo justificase.

No sabía si sería capaz de conseguir un trabajo mejor pagado en tan poco tiempo, pero si iniciaba una relación con Archer no habría nada capaz de sacarla de allí.

Desechó todos los pensamientos relacionados con marcharse de allí e intentó enfocarse en cómo sacar adelante el trabajo de fin de curso cuando la música se interrumpió, entrando una llamada de teléfono. Un poco sorprendida descolgó.

–Hola jefe, no puedo ir a trabajar. Tenía mi último examen, ¿te acuerdas?

–Gracey…–la voz sonó seria, casi cabreada– Te llamaba porque he tenido que venir a Bozeman. ¿Ya has cogido el autobús de regreso?

–No, no. He salido hace nada y estaba esperando en la parada.

–Muy bien, pues ahora te recojo.

Había transcurrido más de media hora desde que se había subido en la ranchera sin que su jefe le hubiese dirigido más palabras que el escueto saludo cuando entró. Desde entonces y hasta ese momento, el único sonido que había mediado era el de la carretera. El rostro de Edrick seguía contraído, mostrando el mal genio del que lo acusaban muchos en Mountainview Valley.

Sintiéndose incapaz de permanecer en silencio el resto del trayecto hasta el pueblo, carraspeó para llamar su atención y, como no lo lograba, se acomodó el vestido antes de lanzarse con una pregunta que se le había ocurrido mientras esperaba al autobús.

–Edrick, … ¿podrías ayudarme con unas cosas del proyecto de fin de curso? Tengo algunas dudas y como todo el mundo dice que eres un genio de los negocios…

–¿De qué va?

–Tenemos que presentar un trabajo con un proyecto de negocio que exista y que sea viable. Quieren que también les presentemos las cuentas. Y nos han dicho que mejor si se trata de algo real o que lo planteemos como si lo fuese.

–¿Y cuál va a ser tu negocio? – frunció el ceño antes de desviar la vista de la carretera durante unos instantes para clavarla en ella con dureza– O es que no tienes pensado nada y estás intentando que lo haga yo. Porque si es así, …

–Ranchos –le interrumpió ella al ver que en vez de ayuda iba a conseguir una reprimenda– Tengo en mente un plan para adaptar un rancho tradicional a un nuevo modelo de negocio. Lo tengo bastante avanzado. Sólo quería tu opinión.

–Yo no tengo ranchos, Gracey. Y visto lo cabezotas que son los vaqueros de la zona, no lo tendré jamás. – se quedó callado con los labios apretados en una fina línea durante unos instantes antes de añadir– No me lo tengas en cuenta. Llevo unos días reuniéndome con los propietarios de varios ranchos por negocios, pero no ha salido bien.

El silencio volvió a hacerse el dueño del vehículo durante unos instantes, hasta que ella volvió a hacer una pregunta.

–Cuando lleguemos al pueblo, ¿me podrías acercar al Rancho Upper Creek? – Edrick se limitó a asentir y durante un momento pareció dudar en decirle algo más, para acabar apretando los labios y

quedarse callado.

–¿Qué era lo que ibas a decir? ¿No me quieres llevar?

–No es eso. Es que no quiero meterme donde no me llaman, Gracey, pero el otro día no pude evitar escuchar gran parte de lo que te dijo Brenna Cooney en la cafetería.

Supo exactamente a qué conversación se refería y sintió cómo los calores se le subieron al rostro. Se tocó las mejillas con las manos, casi segura de que se verían más encarnadas de lo que le gustaría.

–Ya me lo imaginaba. Brenna tiene un carácter muy fuerte y a veces no mide lo que hace.

–Tienes razón con lo que dices de Brenna, pero al menos es sincera. Y, en este caso, creo que tiene la razón.

Las palabras de la joven vaquera resonaron otra vez en su cabeza. No era la primera ocasión en la que se mortificaba pensando en lo tajante que había sido la pequeña de los Cooney afirmando que su hermano estaba fuera de su alcance. Sin embargo, escuchar a su jefe estar de acuerdo con la otra mujer la había trastocado completamente.

–Puede que tenga razón, pero yo lo pienso intentar igualmente. No soy una cobarde. Y si al final tengo que irme de Mountainview, no me gustaría que me persiguieran los remordimientos de lo que pudo ser y no fue por no intentarlo. Aunque su hermana me vuelva a decir cien veces eso de que «Y no creo que tengas nada que hacer».

Edrick parpadeó de manera repetitiva con cara de confusión para acabar negando con la cabeza.

–No me refería a eso, Gracey. Brenna te dijo que desde que Archer tuvo el accidente en aquel rodaje de televisión ha cambiado, y es verdad. Ya no es el mismo muchacho, tú misma te has tenido que dar cuenta. Las lesiones que sufrió cuando se cayó del caballo y acabaron con su carrera de especialista de acción le han dejado secuelas.

–Eso ya lo sé. – bufó ella apartándose los rizos oscuros de la frente– Creo que es evidente. Sé que ha perdido fuerza y movilidad en el brazo derecho y que eso le impide domar caballos en el rancho. Pero no tiene nada que ver conmigo o con lo que siento.

Edrick se giró un momento hacia ella y la observó como si no entendiese lo más obvio. Le pareció que su jefe dudaba por un segundo de si estaba hablando en serio o se estaba haciendo la tonta. Le sostuvo la mirada, retándolo a que le dijera lo que le tuviese que decir. Llegados a ese punto, quería escuchar qué era.

–Gracey, ¿lo estás diciendo en serio? – cuando asintió, él prosiguió– Te estoy hablando de algo mucho más obvio. La lesión del brazo le limita para trabajar, es cierto. Pero creo que las cicatrices, sobre todo las de la cara, le han afectado mucho más de lo que él

mismo está dispuesto a admitir.

–¿Lo dices porque siempre lleva puesto el gorro de vaquero? Ya ves…

–Lo digo porque fueron la causa de que su novia, la actriz aquella con la que salía en Los Ángeles, le dejase. Parece que todo lo que les rodeaba allí era muy superficial, muy artificial, … y su nuevo aspecto no encajaba con las exigencias.

–¿De dónde has sacado todo eso? No sois amigos. No creo que te lo haya dicho él.

–La gente habla, Gracey. Y parece ser que todo lo que le ha pasado le ha afectado mucho. No solo a nivel físico, sino a nivel mental. Ha perdido la confianza en sí mismo que tanto le caracterizaba. Y se ha vuelto mucho más arisco.

Gracey se quedó callada procesando lo que Edrick le había explicado. Pensó que, si eso era así, si su jefe tenía razón, podía comprender más su actitud. Si lo que le asustaba era su físico, se encargaría de demostrarle que ella no era así.

–Gracias Edrick. Te debo una muy grande.

Gracey sonrió para sus adentros, pensando que debería ayudar a su jefe con Katie Jenkins. Puede que Edrick pareciese un hombre duro, hecho a sí mismo y al que solo le importaban sus negocios, pero hacía mucho que ella sospechaba que le interesaba, y mucho, su compañera de trabajo. Y creía que esa ayuda era necesaria porque sin ella solo un milagro lograría que esos dos tuvieran una cita.

Sacudió la cabeza una vez más, intentando dejar su cabello presentable para cuando llegase al Rancho Upper Creek. Tenía claro que le debía un favor y se lo pagaría cuando pudiese, pero tendría que esperar. En esos momentos, entre el trabajo, estudiar y conquistar a su vaquero, no daba para mucho más.

CAPÍTULO 8

Al bajarse de la ranchera de Edrick vio a lo lejos a Archer saliendo de los establos donde habían estado juntos por última vez. Le sonrió y lo saludó con la mano, pero el vaquero se limitó a hacer un gesto seco con la cabeza que no supo cómo interpretar. Resignada se dirigió a la vivienda principal para estar con Brenna. Ya se enfrentaría a su hermano más tarde.

Una vez en la cocina, con una taza de té delante de cada una, comenzó a tratar todos los temas que tenía pendientes. Pese a que había advertido a los miembros del comité del festival que no iba a tener apenas tiempo en esas semanas por sus estudios, habían descargado gran parte del trabajo en ella, y no solo el concerniente al Rancho Upper Creek. Ya no quedaban más que diez días para que tuviese lugar el festival y todo estaba más retrasado de lo que debería. Fastidiada soltó un suspiro excesivamente alto.

–¿Te pasa algo? – con una sonrisa cínica añadió– ¿O es porque estamos las dos solas en la cocina?

Gracey bufó molesta tras la última frase. En aquel momento le costaba aceptar esa manera de ser tan directa que tenía Brenna con cualquier cuestión. Removió nuevamente el contenido de su taza antes de responder.

–No es por eso, Brenna. Y me gustaría que dejases el tema. –se ajustó el vestido vaporoso por encima de las rodillas y le dio un trago al té antes de reconocer– Es por el festival. Me está quitando más tiempo del que pensaba.

–Ya me imagino, ya… Por eso nunca encuentran voluntarios que quieran participar. Las damas del comité seguro que intentarán que no te escapes de sus redes para el próximo año…

–Lo dudo. Ni siquiera sé si estaré aquí para Halloween.

La otra mujer se la quedó observando fijamente, como intentando descifrar qué quería decir con esa frase. A Gracey no le apetecía volver a pensar, por enésima vez en el mismo día, en su posible mudanza a Portland, así que le hizo un gesto elocuente de que no quería seguir hablando de ese tema.

Desde que había asumido su puesto en el comité del festival había frecuentado muchísimo el Rancho Upper Creek y, sobre todo, a Brenna. Y aunque no podía decir que fuesen amigas, habían confraternizado lo suficiente. Estaba segura de que la vaquera no tenía una relación más cercana con otra mujer que con ella, ya que siempre

estaba en el rancho, rodeada de vaqueros, así que esperó que respetase sus deseos de no seguir con el mismo tema.

–Ya te dije que me caes bien, Gracey. Solo bromeaba. Pensaba que estabas así por los exámenes.

–Los exámenes me han salido bien. Me queda presentar el proyecto de fin de curso. Había pensado en pedirte ayuda con unos datos. No te llevará mucho tiempo.

Se escucharon voces cercanas y por la ventana que daba a los establos vieron pasar a varios trabajadores del rancho, que regresaban para sus casas en el pueblo. Aunque Upper Creek era grande y tenía cabañas habilitadas desde hacía muchos años, muy pocos trabajadores las usaban en esos momentos. Y ninguno vivía allí de manera definitiva.

–No sé con qué podré ayudarte… –se incorporó y dejó la taza en el fregadero– ¿De qué va ese proyecto?

–El reto que nos han propuesto es tomar una empresa ya existente y enfocarla en un mercado diferente. –al ver la cara de escepticismo de la vaquera decidió atajar y simplificar lo que le quería pedir antes de que se negase en redondo a ayudarla –Ranchos. He elegido los ranchos. Como tú llevas las cuentas de éste, pensé que me podrías ayudar.

Brenna se quedó callada, muy atenta y le hizo una seña con la mano, indicándole con rapidez que siguiese explicándole. Eso le hizo sentirse mucho más segura y se soltó, intentando exponerlo lo más claro posible.

–Como la crisis ha afectado mucho a la economía local aquí en Mountainview Valley, y yo quería hacer un proyecto que pudiese servir de algo y no fuese solo un papel para aprobar, se me ocurrió que en las instalaciones de un antiguo rancho se podría hacer un rancho aventura.

–¿Rancho aventura? – la vaquera levantó una ceja mientras cruzaba los brazos– Pensaba que hablabas de algo real…

–Claro que es real. Yo le llamo rancho aventura porque es más corto. Me refiero a convertir un rancho en un centro de actividades para turistas. Para que experimenten la aventura de vivir en un rancho: aprender a montar a caballo o hacer rutas con los que ya sepan cabalgar, senderismo, alimentar a los potros o al ganado, esquilar las ovejas, recoger el forraje, cuidar de los campos, … Hay muchas actividades que se pueden realizar. Dependería de las instalaciones que tuviera el rancho a convertir, claro. ¿Qué me dices? ¿Me puedes ayudar?

–¿Ayudar cómo? ¿Qué es lo que...?

–¿Y por qué no se lo pides a tu jefe? – la voz de Archer atronó en la cocina. Gracey giró la cabeza y lo vio en el vano de la puerta con

los brazos cruzados sobre el pecho en un gesto defensivo y que demostraba su enfado.

–Ya lo he hecho, pero me ha dicho que él no tiene rancho. Y tiene razón. Seguro que tu hermana podrá aconsejarme mejor sobre si las cifras que he incluido en mi proyecto se ajustan a los datos reales de un rancho o si no he sido realista.

Levantó la vista y la clavó en el vaquero intentando parecer más segura de lo que en realidad se sentía por dentro. Los Cooney eran fuertes, decididos y con mucho carácter. Hacerle frente era un gran esfuerzo para ella, pero sentía que debía defender su proyecto. Y no creía que pudiera conquistarlo pareciendo un corderito.

–La chica tiene razón, Archer. Y estate tranquilo, que últimamente no sé que te pasa que saltas por todo. Anda. –con la misma se inclinó hacia Gracey y con la primera sonrisa amable que le había visto hasta ese momento le indicó– ¿Tú te puedes pasar mañana con tus apuntes? Si te vienes después de las cinco, seguro que puedo echarle un vistazo.

CAPÍTULO 9

Poco después de que el vaquero saliese con aspecto cabreado, ella se despidió de Brenna y prometió regresar al día siguiente con todo lo que tenía hasta el momento preparado de su proyecto.

Por una parte, se sentía contenta, ya que sabía que los profesores valorarían mejor su trabajo si se ajustaba a datos reales, y eso podía conseguirlo con el asesoramiento de Brenna.

Sin embargo, el comportamiento de Archer la había vuelto a dejar traspuesta, ya que no se esperaba ese comportamiento otra vez. Aun así, el balance era positivo ya que consideró que esa reacción seguía siendo mejor a lo que obtenía de él durante su adolescencia, que era de absoluta indiferencia.

Sacó el móvil de la mochila y puso su lista de reproducción de música favorita mientras echaba a andar de regreso a su casa, pensando en que podría aprovechar el trayecto para repasar mentalmente todas las propuestas que tenía en relación con el proyecto y por las que podría preguntarle a la vaquera al día siguiente.

Llevaba caminando apenas cinco minutos cuando escuchó un ruido fuerte de motor casi a su lado y al girarse comprobó que se trataba de Archer conduciendo una antigua camioneta de color rojo del rancho. Llevaba el gorro de vaquero castaño hundido hasta las cejas y los labios apretados en una fina línea.

Le sorprendió verlo allí porque creía que tras el accidente no podía conducir, ya que siempre que iba al pueblo, lo llevaba otra persona. Y, sobre todo, lo que más le sorprendió fue que se encontrase circulando tan despacio, prácticamente a su mismo ritmo andando, pese a que no le hablase. Se sacó uno de los auriculares y se asomó dentro de la ventanilla del copiloto.

–¿Vas a Mountainview?

Él no contestó. Se limitó a parar el vehículo en medio del camino de tierra e inclinándose hacia ella le preguntó.

–¿No te va a venir a buscar?

–No puede –se le escapó una risita a la vez que apoyaba el antebrazo en el hueco de la ventanilla bajada, con sus rizos negros cayendo dentro de la camioneta– Ya sabes, tiene que trabajar.

–¿Trabajar? –puso una mueca de desagrado y cruzó los brazos de manera brusca sobre el pecho, aunque el derecho reposaba en el muslo del lado contrario– ¿Y hace que vayas andando por estos

caminos cuando ya está anocheciendo?

–¿Y qué puede hacer? –levantó los hombros con signo de indiferencia– Tiene que trabajar cuando le toca. No es como si pudiera elegir el horario que más le convenga.

El vaquero soltó una carcajada amarga, molesto, que le sorprendió y provocó que se incorporase de manera casi inmediata.

–¡Hasta parece que le defiendes! Por favor, Gracey… ¿Cómo que no puede elegir cuándo trabaja si dentro de nada va a ser el dueño de medio Mountainview Valley?

Gracey parpadeó varias veces consecutivas, dándose cuenta de la confusión que se había dado entre los dos. Ella hablaba de su madre, que trabajaba en una fábrica cercana a turnos y donde no podía elegir los horarios. Él, por algún motivo que no acertaba a comprender, se refería a Edrick Hudson con toda seguridad.

En ese momento las palabras de su jefe resonaron en su cabeza. Quizá fuera verdad lo que éste le había dicho respecto a la seguridad en sí mismo que Archer destilaba cuando era un adolescente y que podría haber perdido en ese accidente. Durante un instante también se le ocurrió que fuese algo parecido a los celos, aunque no se quería ilusionar. Sin querer, se le escapó una sonrisa que le llenó la cara a la vez que, con decisión, abría la puerta del copiloto y se introducía en la cabina de la camioneta.

–¿Te referías a Edrick Hudson?

–¿A quién si no conoces que se esté haciendo con todos los negocios de la zona?

–¿Y por qué iba a estar mi jefe llevándome y recogiéndome en tu rancho, Archer?

Él levantó una ceja, en un gesto evidente de a qué se refería. Gracey quiso molestarse por la insinuación, pero no fue capaz. La alegría por sentir que estaba molesto creyendo que tenía una relación demasiado cercana con Edrick había borrado todo lo demás. Se acomodó el vestido en el asiento, dejó la mochila a sus pies y con suavidad colocó una mano sobre el muslo del vaquero.

–Yo hablaba de mi madre. No me puede recoger porque tiene turno de tarde en la fábrica, y al salir va a buscar a mi hermana a sus clases de baile.

Tras escucharla, la tensión en el rostro del vaquero se suavizó, pareciendo casi relajado, y puso otra vez en marcha la camioneta con la mano de Gracey todavía en su pierna. Ella se echó a reír y añadió.

–No le intereso, Archer. Sabía que no erais amigos, pero pensaba que hablabais más. Está visto que no compartís temas personales.

El resto del trayecto los dos permanecieron en silencio, que únicamente interrumpió Gracey para indicarle dónde vivía cuando estaban a punto de llegar al pueblo. Anochecía cuando Archer tomó el desvío que ella le indicó, hasta una zona más apartada en donde había un par de granjas que habían conocido tiempos mejores y la sencilla casa de madera de los Jones.

Cuando la vivienda apareció ante ellos Gracey se quedó absorta durante unos instantes contemplando su casa, dándose cuenta de que, aunque apenas había luz, se notaba que la fachada estaba en peor estado de lo que creía. También pensó que no le parecía factible que su madre pudiera venderla con rapidez. Y menos por un buen precio.

En cuanto Archer detuvo la camioneta frente a su vivienda sacudió levemente la cabeza, para desechar esos pensamientos y se volvió hacia él. El vaquero tenía las manos en el volante y mantenía el motor en marcha, sin decir nada. Al darse cuenta de que ella lo miraba, tamborileó con los dedos en el volante de manera repetitiva esquivando su mirada.

Gracey decidió que debía actuar antes de que fuese demasiado tarde, así que volvió a tomar la delantera. Se arrimó hacia él todo lo que el asiento de la camioneta se lo permitió y se inclinó hasta rozar los hombros de ambos.

Al sentir el contacto, él se volvió y ella aprovechó para acariciar con detenimiento su rostro, paseando el índice por su mentón para subir por la mejilla hasta rozar la parte de la sien que no tenía cubierta con el sombrero. Cuando su mano ascendió tanto, Archer se estremeció e intentó apartarse, pero ella lo tomó por la barbilla con los dos dedos de la mano contraria y adelantó su rostro para besarlo con cuidado, esperando su reacción.

Él continuó con el beso, aproximándose a su rostro, aunque intentaba retirar la mano que tenía en la zona cercana a las cicatrices. Ella se dejó hacer para no incomodarlo, y deslizó la mano por su espalda, acariciándolo suavemente hasta que él, en un arranque que la dejó sin aliento, profundizó más el beso, agarrándola por la cintura y apretándola contra su torso, la levantó del asiento, a lo que ella aprovechó para sentarse sobre las piernas de él.

Gracey sentía el corazón desbocado en su interior, el cuerpo le ardía y le faltaba el aire, pero era incapaz de apartarse e interrumpir el mejor beso que había tenido en toda su vida. Archer la tenía firmemente agarrada por la nuca, su lengua acariciaba la suya con ardor, sin tregua.

En algún momento, sin ser apenas consciente de ello, Gracey comenzó a mover sus caderas, elevando la tensión existente entre ambos. Archer la agarró por los hombros y, haciendo un esfuerzo por controlarse, la apartó con cuidado. Tomó aliento un par de veces antes

de poder decir una palabra.

–Tenemos que parar esto aquí. –ella abrió los ojos en una mirada lastimera que le hizo sonreír– Ya no tengo edad para hacer estas cosas en un coche, Gracey.

–Quién lo diría…–y aprovechó para frotar su cara contra la mano que seguía posada en su hombro– Yo preferiría que siguiésemos con lo que estábamos haciendo.

–No puede ser, pequeña. No… no aguanto tanto tiempo en esta misma postura.

El vaquero tenía una expresión extraña en el rostro, intentando fingir una indiferencia que realmente no sentía. Gracey retiró las manos del cuerpo del hombre y se giró hacia su derecha. Abrió la puerta del conductor y salió como pudo de la camioneta ante el asombro del otro. Extendió una mano y quitó la llave del contacto. Después se quedó inmóvil, con la mano extendida ante él, invitándola a agarrarla y salir con ella.

–Vente y seguimos. Hasta dentro de dos horas no habrá nadie en mi casa.

CAPÍTULO 10

Durante un instante pareció dudar, pero enseguida levantó la vista hacia ella, tomó su mano y salió de la camioneta. Gracey lo guio hasta su cuarto, en el piso superior, intentando no pensar demasiado en lo que estaba sucediendo. Cuando llegó a la puerta cerrada de su habitación, se tomó un momento para respirar profundo antes de abrirla.

No era virgen, no se trataba de eso. Pero tampoco tenía tanta experiencia como para mostrarse completamente segura y no sentir nada de vergüenza. Hasta el momento, las veces que había tenido relaciones, habían sido los chicos quienes habían conducido la situación y ella se había limitado a dejarse llevar con inseguridad, por miedo a no hacerlo bien, sobre todo.

Sin embargo, en esta ocasión, estaba segura de que tendría que ser ella quien llevase la voz cantante. Al menos en un principio. Pensarlo la ponía nerviosa, aunque no pensaba rendirse una vez llegado hasta allí.

Condujo a Archer hasta su cama y le hizo sentarse en el centro, con la espalda apoyada contra el cabecero. Se descalzó y se subió a la cama, poniendo sus rodillas a ambos lados de las piernas de él, en una posición muy similar a la que tenían hacía apenas unos minutos en el asiento del conductor. Se apoyó en sus hombros con cuidado de no lastimarle, se inclinó y dejó un surco de besos por la mejilla hasta llegar a su boca.

Al alcanzar la comisura, el vaquero emitió un gruñido y atrapó su boca con un beso feroz que precipitó las cosas. Gracey se sentó sobre la pelvis de él, moviéndose sobre su pantalón vaquero contra la dureza del vaquero, a la par que pegaba su pecho al de él. Archer la abrazó por la espalda, apretándola contra su torso con más fuerza mientras posaba su mano derecha en el muslo desnudo de ella, bajo el vestido, y sintió que la piel ardió con ese contacto.

Haciendo un esfuerzo, Gracey dejó sus labios y volvió a besar la mejilla a la vez que echaba una mano al ala del sombrero. En cuanto intentó quitárselo, él la interrumpió agarrándola de la muñeca con firmeza. Ella se despegó y le miró a los ojos.

–Vamos, vaquero. –él no se movió, no la soltó. Se quedó quieto, tenso. Gracey se pegó más a él, dejando un nuevo reguero de besos por su mandíbula y su cuello, hasta llegar a la oreja en donde le susurró– Necesito verte.

Archer apenas reaccionó. Aflojó un poco el agarre de la mano, pero podía sentir su respiración más ansiosa que antes y en la cabeza de ella resonaron otra vez las palabras que le había dicho Edrick, su jefe, en el viaje de regreso. Quizá tuviese razón y el vaquero se sintiera inseguro con sus cicatrices.

Le besó en los labios con dulzura y se apartó lo suficiente como para poder verlo a los ojos antes de hablar.

–Necesito verte a la cara mientras lo hacemos, Archer. No tienes que esconderte detrás del sombrero. No hay nada que tengas que tapar.

La mano de él vaciló sobre su muñeca un par de veces hasta que finalmente soltó el agarre. Podía sentir que él se encontraba nervioso, así que se inclinó para volver a besarlo a la vez que le quitaba el sombrero y lo posaba a los pies de la cama. Era la primera vez que le veía el rostro al completo desde que había regresado a Mountainview tras el accidente. Le sonrió, agarró sus manos y las dejó sobre su cintura antes de volver a unir sus bocas.

En cuanto el beso fue más demandante, el vaquero bajó ambas manos y las colocó sobre sus caderas, por debajo del vestido y comenzó a acariciar sus muslos por la cara interna hasta que una de sus manos alcanzó su centro y pasó a acariciarla sobre su ropa interior.

La lengua de Archer había prendido un incendio dentro de su boca y en el momento en el que él introdujo un dedo bajo su braguita no pudo evitar que se le escapase un jadeo. Cuando sintió que los dedos de él se escurrían en su interior, sus caderas adoptaron un ritmo frenético y sin ningún pudor interrumpió su beso para gemir contra la oreja de él a la vez que le susurraba con voz ronca.

–Archer, por favor, tómame ya.

A partir de ahí todo sucedió a mayor velocidad y ya solo podía sentir. El miembro de Archer llenándola en su interior, mientras ella lo cabalgaba como una vaquera, las manos de él apretándole las caderas, ayudándole a moverse, su lengua recorriendo su cuello y su clavícula, para volver a su boca.

Comenzó a moverse más rápido a la vez que gemidos sin control escapaban de su boca cuando sintió explotar la tensión en su interior que la catapultó al éxtasis. El gruñido ronco de Archer junto a su cuello le hizo saber en algún momento que él también lo había hecho.

Se quedó sentada sobre él, apoyando la mejilla contra la suya, intentando tranquilizar su respiración hasta volver a la normalidad. Archer olía a sudor y a roble cuando la pegó más contra él, para quedarse abrazados unos minutos en silencio.

Al separarse, se fijó en como los cabellos castaños de él se

pegaban a su rostro, que se veía relajado por primera vez desde que había vuelto. Le dio un beso en la sien, junto a sus cicatrices, antes de incorporarse lo suficiente como para sentarse a su lado.

Los dos se encontraban en la cocina, sentados tras la pequeña mesa que usaban las Jones para el desayuno, con la excusa de tomar una taza de café. Era lo único que se le había ocurrido a Gracey para que él no se fuese poco después de haber terminado. Se estaba tomando su bebida sin ganas, ya prácticamente fría, incapaz de mantener una conversación con Archer. Él se encontraba callado, sentado frente a ella, pero al menos el sombrero estaba posado en el taburete contiguo.

A Gracey le hubiera gustado ser un poco más valiente y hacer varias de las preguntas que le rondaban la mente. Sin embargo, se sentía cómoda junto a él a pesar de ese silencio.

Estaba a punto de dar el último sorbo a su taza cuando escuchó el portazo y las voces de su madre y su hermana acercándose hasta la cocina y, sin quererlo se tensó. Levantó la vista hacia Cooney para ver cómo apretaba los dedos contra su taza antes de agarrar el sombrero y volver a hundirlo hasta las cejas.

–Cariño, ¿has visto que está aparcada…? –su madre fue incapaz de terminar la frase al entrar en la cocina y verlos juntos en la mesa– Buenas tardes, Archer. No sabía que teníamos un invitado.

Un instante después apareció su hermana en el quicio de la puerta con una expresión excesivamente obvia. Martha era cinco años y medio menor que ella y, en aquel momento lamentó haber compartido sus sentimientos por aquel hombre con su familia, y especialmente con una joven nada discreta de diecisiete años.

–Esta tarde he ido al Rancho Upper Creek, por lo del festival. –le dirigió una mirada severa a su hermana que, ignorándola, se sentó con descaro junto al vaquero– Como se había hecho tarde, se ha ofrecido a traerme.

En señal de saludo, Archer llevó una mano al sombrero e inclinó la cabeza.

–¿Es verdad lo que me ha dicho mi hermana? –Martha le dedicó una gran sonrisa, pero al ver el rostro de incomprensión enfrente aclaró– Me contó que trabajabas como especialista de acción. Que te grababan montado a caballo en escenas peligrosas para actores famosos… Todo eso, ¿es verdad?

–Sí. –la respuesta fue seca y un tanto intimidante.

–¿Y no lo echas de menos?

–¿A qué te refieres?

–Tu vida de antes de volver a Mountainview Valley. Salir en

películas, conocer a actores famosos, ganar mucho dinero por montar a caballo, ir a fiestas con ricos... No sé, esas cosas. Aquí no pasa nada ni parecido.

Archer permaneció en silencio durante unos segundos con la cabeza bajada y los brazos cruzados sobre el pecho. Parecía que no iba a contestar cuando finalmente negó.

–No, no lo echo de menos. Extraño montar a caballo como lo hacía antes. Lo demás, no. Y menos a los actores. – el tono era seco, duro

–Disculpa a mi hija. Desde que sabe que nos vamos a mudar a Portland se comporta como si fuese a codearse con famosos.

En cuanto su madre habló de la mudanza sintió la mirada de Archer clavada en ella y sin poder evitarlo comenzó a apretar los labios con fuerza, de manera repetitiva, como le sucedía cada vez que se ponía nerviosa. Se levantó para dejar la taza en el fregadero, pero antes de eso le devolvió la mirada.

–Se mudan ellas dos. –respondió con decisión– Yo no.

–¿Has hablado ya con tu jefe? ¿O tienes otro trabajo? –negó sin ver hacia su madre, maldiciendo por dentro el lugar al que se dirigía la conversación– Sabes que dijimos que cuando acabases los exámenes…

–Ya mamá, ya sé lo que dijimos. –la interrumpió– Pero no me apetece hablar de eso ahora.

–Es por mi culpa. La beca que me dan no cubre todos los gastos de la academia de danza. –Martha había posado una mano sobre el antebrazo descubierto de Archer y lo trataba con absoluta familiaridad. Gracey quería gritar para evitar que entre esas dos mujeres espantasen a su vaquero con unas discusiones familiares que no venían al caso–Necesitamos el dinero. Mamá dice que si Gracey no gana lo suficiente se tiene que mudar con nosotros. Por eso está así, de morros.

El cabreo que Gracey Jones sentía se disipó apenas unos minutos después. Salió con Archer a despedirlo junto a la camioneta, avergonzada por todo lo que se había dicho en la cocina. Él justo antes de subirse se aproximó a ella y le dio un beso rápido y caliente en los labios que la dejó suspirando por más.

–Nos vemos pronto en el rancho. –se despidió él antes de arrancar la camioneta y marcharse.

CAPÍTULO 11

Pese a todo, Gracey había vuelto a sentir que sus pies no tocaban el suelo. La despedida de Archer, después de haberse acostado juntos, la había dejado levitando y no lo había podido enturbiar la conversación posterior con su madre respecto a la mudanza a Portland. Después de cómo se había sentido con lo que había pasado entre ellos tenía más claro que nunca que se quedaría en Mountainview Valley, aunque fuese a pesar de su madre.

Cuando terminó su turno en el The Sweet and Wild, comió en la parte trasera del local, se colgó la mochila a las espaldas y se dirigió al rancho con los auriculares puestos. Como había quedado con Brenna el día anterior, llevaba con ella todo el material que tenía relativo al proyecto de fin de curso.

Y después de las palabras de despedida que le dirigió Archer, tenía intención de aprovechar la visita para estar con él, aunque fuera un momento. Es por eso que al verlo dirigirse a un granero lateral en el que almacenaban forraje para los animales, Gracey decidió desviarse del camino de entrada hasta allí.

–Buenas tardes, vaquero.

Archer se giró al escucharla mostrando una ligera sonrisa en los labios, haciéndole un gesto con la cabeza y viendo cómo se aproxima ágil hasta él.

–Buenas tardes, pequeña. ¿Qué haces aquí?

Antes de responder Gracey le dio un beso rápido en la comisura de los labios. Con una mano tiró de un asa de la mochila a la vez que respondía.

–Ayer tu hermana me prometió echarme una mano con mi proyecto de fin de curso. Con las posibles cuentas del rancho de ejemplo. ¿Te acuerdas?

–No la hagas esperar. Sé que Duncan también quiere estar con ella para revisar las cuentas de unos vallados. –se quitó el guante, extendió la mano y le acarició los rizos antes de volver al trabajo.

Al entrar en la cocina, vio a Brenna absorta con un libro de cuentas sobre la mano y una taza humeante a su derecha. Golpeó el marco de la puerta para que supiera que había llegado y la otra le hizo una seña rápida con los ojos, indicándole dónde debía sentarse.

–Si estás ocupada puedo volver más tarde.

–No, no… Estaba aprovechando para analizar unas cosas mientras te esperaba. Llevar la economía del rancho es más pesado de lo que creen todos esos hombres. En fin…–movió la mano rápidamente, como expulsando esos pensamientos, tomó la taza, le dio un trago y añadió– Venga, pongámonos manos a la obra, que estoy muy interesada en tu proyecto.

Al escucharla, Gracey alzó una ceja, sorprendida por el interés de Brenna en su trabajo de fin de curso, pero se limitó a sacar todos los materiales que había llevado sin decir una palabra. La vaquera tenía un carácter duro y prefería que estuviese calmada y que la ayudase.

Gracey le enseñó la parte de proyecto que ya tenía terminada, así como las cuentas provisionales que ella había sacado de manera estimativa respecto a los posibles gastos e ingresos de un rancho antes y después de llevar a cabo su idea del rancho aventura. Al llegar a esa parte, Brenna se echó hacia adelante en la silla y comenzó a ojear todas las anotaciones con mucho detenimiento. En algún momento, las dejó frente a ella y volvió a su libro de cuentas de Upper Creek, por lo que la otra que quedó callada.

Cuando ya había pasado un buen rato, Gracey decidió llamar su atención. Su madre tenía otra vez turno de tarde y no sabía si Archer la volvería a llevar a su casa, así que no quería salir muy tarde de allí para no tener que regresar andando a oscuras.

–Si quieres puedo dejarte mis notas para que las compruebes tranquilamente y mañana o pasado me dices si los cálculos que hice de gastos de inicio son realistas comparados con los vuestros o si tengo que reajustar las cuentas.

–No te hice venir para eso, Gracey–sorprendida, levantó la vista y comprobó que la vaquera le hablaba completamente en serio–Lo que me interesa de tu proyecto es esto. La hoja de ingresos por la explotación del rancho de experiencias para los turistas.

–Necesito que las dos cosas estén bien, Brenna. Tendré que exponer el trabajo delante de varios profesores. Me harán preguntas. No puedo decir que me lo inventé.

–Ya tendremos tiempo para eso. –sacudió la hoja con sus cálculos muy cerca de su cara– ¿De dónde has sacado estas cuentas? ¿O te las has inventado, como acabas de decir?

Gracey respiró hondo un par de veces, armándose de paciencia, ya que, al menos una de las dos, debía estar tranquila. Decidió responder a sus preguntas primero, porque parecía que no iba a cesar con ello hasta que le contestase algo.

–Hice la media con los datos de varios ranchos. –al ver su expresión interrogante añadió mientras removía con pausa su café– Llamé a varios ranchos de Illinois y de Texas a los que también afectó

la crisis y decidieron adaptar su modelo de negocio a uno similar al que yo propongo en mi trabajo.

–¿Y te pasaron sus datos sin más?

–Les expliqué lo del proyecto, hablaron con uno de mis profesores incluso. Y me pasaron algunos datos. No sus libros contables al completo, claro. Pero me dieron los datos suficientes. Pensé que me iba a costar más.

Brenna volvió a quedarse en silencio, repasando las cifras y los gráficos del proyecto y de sus propios libros contables. Cansada de esperar, Gracey repiqueteó los dedos contra la mesa con más fuerza de la necesaria.

–Me vas a ayudar o tengo que pedírselo a alguien más.

–Te voy a ayudar –levantó la cabeza de los papeles con un brillo diferente en la mirada, inclinándose hacia ella como si le hiciera una confidencia– Pero a cambio tú tienes que ayudarme a mí.

Gracey la miró confundida mientras la otra se incorporaba de la silla y comenzaba a caminar nerviosa por la cocina.

–Te prometo que mañana te envío todos los datos que necesites para que tengas el tiempo suficiente para corregirlos para el trabajo ese… Pero necesito que me ayudes a llevar a cabo tu proyecto en Upper Creek.

–Creo que no te entiendo, Brenna. Habéis reabierto el rancho hace menos de un año. Os dedicáis a la cría de caballo…

–Por eso mismo. Tú y yo juntas podemos sacar adelante este nuevo negocio dentro de Upper Creek, de manera simultánea con la cría de caballos. Es una buena idea.

–¿No deberías hablar con Archer antes?

–A mi hermano sólo le interesan sus caballos, no las cuentas. –levantó los hombros con indiferencia– Ahora que ya has terminado los exámenes, tendrás más tiempo libre. Si nos damos prisa podremos tener el rancho aventura funcionando para esta navidad.

–¿De qué estás hablando, Brenna? –la voz de Archer sonó atronadora desde el pasillo. Al entrar en la cocina se quedó de pie frente a su hermana con los brazos cruzados y el cuerpo en tensión– ¿Qué es lo que quieres hacer con mi rancho?

–No es tu rancho. Upper Creek es de los dos, a partes iguales. Puse el mismo dinero que tú cuando se lo compramos a los abuelos.

–Tenemos un rancho de cría de caballos, por si no te habías enterado.

–Y no da dinero, Archer. –veloz se puso frente a él, ambos con los brazos cruzados y la misma expresión dura en el rostro. Brenna siempre había sido una chica dura y los cuarenta centímetros de diferencia de altura que había entre ellos jamás la habían frenado– Voy a examinarlo bien y si es factible pondré ese negocio en el

rancho. Y no te lo pido, solo te lo informo.

Archer separó la vista de su hermana y la clavó en Gracey, que sin darse cuenta apretó los labios a la vez que se alisaba la falda. El vaquero tenía una expresión de decepción que no supo cómo interpretar.

–Así que todo esto es solo por dinero.

–Claro que es por dinero, Archer. Lo necesitamos para poder pagar a todos los que trabajan aquí.

–No hablaba contigo, Bre– le dirigió una breve mirada a su hermana antes de salir de la cocina sin darles tiempo a nada más.

En cuanto dejaron de escucharse sus pisadas en el pasillo, la pequeña de los Cooney se acercó a Gracey y colocó una mano sobre su hombro, apretando con más fuerza de la necesaria antes de hablar.

–¿A qué se refiere mi hermano con lo del dinero? Hay algo que…

–Mi madre quiere que deje de ser camarera. –la interrumpió antes de que dijese algo hiriente– O que trabaje más horas.

Gracey comenzó a recoger todos sus apuntes y las copias del trabajo intentando respirar profundo. La mirada de Archer le había dolido. No le apetecía volver a hablar del tema, le daba vergüenza, pero sintió que tenía que darle algún tipo de respuesta a la pequeña de los Cooney así que lo hizo de manera muy resumida, para sacarse aquello de encima y poder regresar a su casa cuanto antes.

–Mi madre y Martha se van a mudar a Portland para que mi hermana pueda cumplir su sueño de ser bailarina profesional. La beca que le han dado no lo cubre todo. Mi madre quiere que me mude con ellas para seguir viviendo todas juntas y vender la casa. Como me quiero quedar en el pueblo, dice que tengo que ganar más dinero para poder ayudar.

–¡Ah! Pensaba que se refería a otra cosa… –la soltó y se sentó a su lado, ayudándola a recoger con una sonrisa en la cara– ¿Qué te parece si le preguntas a Edrick Hudson por las cuentas de nuestro nuevo negocio? –La miró perpleja, pero antes de darle tiempo a responder añadió– No quiero que le digas que son nuestras cuentas del rancho. Sólo dile que son para tu trabajo.

–No sé si eso está bien, Brenna. –esa mujer era una auténtica fuerza de la naturaleza que la estaba arrastrando en todo aquello, sin que ella hubiese aceptado siquiera– No quiero usar a mi jefe y creo que Archer se ha enfadado…

–Edrick es el chico de oro de Mountainview. No le cuesta nada darnos un consejo gratis sobre si ve viable o no el negocio. Además, si sale bien a él también le va a beneficiar. Tendrá más clientes. Y a mi hermano… ni caso. No tiene razón. Ya se le pasará.

CAPÍTULO 12

Siguiendo las instrucciones de Brenna, se había llevado algunos papeles con las cuentas del Rancho Upper Creek y se había puesto en contacto con su jefe para que le echase un vistazo a la documentación a primera hora de la mañana en el The Sweet and Wild, antes de que llegasen los primeros clientes a desayunar.

Se presentó en el local más temprano que de costumbre y, además de las tareas que realizaba a diario antes de abrir, fue a la mesa en que se colocaba habitualmente su jefe y preparó las notas de su trabajo, con las cuentas del rancho intercaladas. Había ensayado durante la noche lo que le diría, ya que Brenna no quería que se supiese que ella estaba detrás de aquello. Al menos de momento.

Mientras esperaba a que llegase su jefe se puso a limpiar la barra sin poder dejar de pensar en lo que había sucedido en la cocina del rancho. El cabreo de Archer con ella sólo por estar allí, hablando de ese proyecto con su hermana la había sorprendido mucho y le había hecho dudar en continuar con estas maquinaciones, pero al final la vaquera se había salido con la suya.

Gracey se dijo para sí misma que sólo haría eso, nada más. Se limitaría a hablar con su jefe para que le ayudase a revisar el proyecto que debía entregar esa semana y defender la siguiente. Y le trasladaría a Brenna la impresión de Edrick sobre el proyecto. El resto sería cosa de ella, exclusivamente. Le había costado mucho tener una oportunidad con Archer y no pensaba desperdiciarla por nada.

El jefe entró con su expresión seria habitual y, tras una breve conversación se dirigió directo a su mesa con un café, dispuesto a cumplir su palabra y revisar lo que Gracey le había pedido, mientras ella comenzaba a atender a los clientes más madrugadores, que ya se amontonaban en la barra.

Prácticamente había terminado de servir los desayunos cuando percibió una seña de su jefe y se dirigió a su mesa con curiosidad. Él palmeó el asiento contiguo al suyo sin levantar la vista de los papeles y ella se limitó a sentarse y esperar.

–¿Éste es el trabajo del que me habías hablado en el camino de vuelta de Bozeman?

–Sí. Y ya sé que me dijiste que no tenías un rancho, pero… –Edrick levantó una mano, serio, y paró de hablar. Vio que tenía las cuentas de Upper Creek que le había dado Brenna en la parte superior y que no paraba de revisar esas cifras y anotaba algo en una libreta

pequeña al margen. Cuando no aguantó más aquel silencio preguntó. –¿Lo ves muy mal?

Edrick señaló unas cantidades en los papeles de Brenna y ella no pudo evitar inclinarse, acercándose más a él, para poder ver de qué se trataba y, de ser posible, echar un vistazo rápido a las notas en la libreta. Se escuchó un gruñido fiero a sus espaldas y al volverse se encontró con su vaquero con expresión seria y los puños cerrados, apretados con fuerza.

–¿Primero lo intentas con Brenna y ahora con él? –su tono de voz fue duro, casi mordaz y, aunque no quería enfrentarse a él, decidió interrumpirlo y evitar que descubriese el plan de su hermana.

–Brenna me ha ayudado a estimar los gastos de un rancho. Edrick me va a dar su opinión sobre la memoria que tengo que entregar. Por si acaso, no estoy intentando nada.

–Lo que tú digas, Gracey. –Se volvió con brusquedad y se encaminó a la salida, pero a medio camino Edrick lo alcanzó.

–¿Tienes prisa o podemos hablar en privado?

–No, había venido para decirle…–le dirigió una mirada fugaz a Gracey, apretó los labios y, cuadrando los hombros, volvió a dirigirse a Edrick– ¿Vamos a tu oficina?

–Vamos. Un momento. –se acercó a la mesa en donde aún se encontraba la camarera con las manos crispadas sobre las rodillas. Se dirigió a ella en tono bajo, para que nadie más pudiera escucharle– Recoge esto y me lo dejas debajo de la caja. Le echo un vistazo esta noche y mañana os digo algo. Pero dile a Brenna que me parece una muy buena idea, si es que es capaz de lidiar con su hermano…

Gracey lo vio alejarse sorprendida, antes de guardar todos los apuntes en una carpeta, prácticamente convencida de que su jefe había deducido los planes de ambas. Por algo, algunos del pueblo por detrás le llamaban El Rey Midas, aunque fuese en un tono un tanto despectivo. Decidió que tenía que avisar a Brenna y la llamó en cuanto tuvo ocasión.

–¿Ya has hablado con Edrick?

–Buenos días, Brenna. Las llamadas se comienzan con un saludo.

–¿Has estado con él o no?

Gracey puso los ojos en blanco ante la impaciencia de la otra. Los dos hermanos buscaban una cosa muy diferente para el rancho y ella no quería estar en medio del fuego cruzado. El modo en que la había tratado esa mañana Archer se lo había dicho todo.

–Sí, y creo que le ha llamado la atención. Se lo va a llevar y mañana me dice algo.

–Tenías que haber conseguido que te dijera algo hoy. No

podemos dejar pasar el tiempo, Gracey. Insístele.

–No puedo. Está reunido con tu hermano en su oficina. Y tu hermano se ha vuelto a cabrear conmigo al ver que Edrick tenía los papeles, por cierto. –inhalo lentamente un par de veces antes de añadir– No quiero estar más en medio de todo esto. En cuanto mi jefe me corrija la memoria te paso sus notas y se acabó. No quiero problemas.

–Mejor te pasas por aquí y lo hablamos en persona.

–No pienso volver en un par de días. Prefiero que se calme la cosa. No quiero que Archer se cabree más conmigo. Por favor, Brenna…

Al otro lado hubo un silencio que duró más de lo que le hubiera gustado. Al final Brenna suspiró de manera muy audible.

–De acuerdo, Gracey. Te la debo. Nos vemos en el bar o donde tú quieras. Y a Archer se le pasará, estoy segura.

CAPÍTULO 13

La mañana siguiente estuvo ignorando las llamadas de Brenna, que la llamó con insistencia una y otra vez a partir de las ocho de la mañana, sin importarle que esa fuese una hora punta de su trabajo en la cafetería.

La noche anterior le había costado dormir y había tomado una decisión. Hablaría con su jefe, terminaría el proyecto, lo enviaría a sus profesores y se olvidaría del asunto hasta que tuviera que exponerlo ante el claustro. Si Edrick le pasaba algún tipo de anotación sobre las cuentas de Brenna, se lo diría. Y sino dejaría ese asunto terminar ahí.

Sus prioridades en ese momento eran terminar la carrera, conseguir un trabajo mejor pagado para que su madre no insistiese en que se mudase a Portland y ganar las propinas suficientes como para comprar la cita con Archer Cooney en la subasta. Y no pensaba hacer nada que pudiese perjudicar ni uno solo de sus intereses.

Además, esa mañana su jefe todavía no había ido por la cafetería a pesar de que era tarde. Solía pasarse por la cafetería a diario, y especialmente en el horario de trabajo de Katie Jenkins. Gracey supuso que estaría en alguna reunión fuera del pueblo. Edrick Hudson era un hombre ocupado y que llevaba varios negocios. Aunque en ese momento le fastidiase, tampoco era tan extraño que no estuviese allí.

Estaba preparándose para salir de The Sweet and Wild cuando escuchó la voz de su jefe preguntar por ella a su compañera y suspiró con alivio. Si quería verla seguro que era por el proyecto. Así podría cerrar el tema con Brenna y terminar de preparar el trabajo antes del festival de la cosecha.

–Gracey, pensaba que no te pillaba a tiempo. –apoyó una mano en la meseta para descansar. Se veía fatigado, un poco sudado. Levantó la otra mano, que sostenía la carpeta que ella le había preparado el día anterior y se la tendió. – Tu memoria del trabajo está muy bien. He marcado un par de indicaciones pero, si lo entregases tal y como está, aprobarías también. Es un buen trabajo.

Se le escapó una sonrisa al escuchar esas palabras. Había trabajado muy duro, tanto en sus estudios como en la cafetería. Había sido un año de esfuerzo y sacrificio y le reconfortaba saber que alguien se había dado cuenta de ello.

Se descolgó la mochila de la espalda y la posó sobre la encimera. Extendió la mano para recoger la carpeta cuando su jefe le

colocó a la vez su mano encima, obligándola a mirarle.

–¿Llevar esta idea a la práctica ha sido cosa tuya o de Brenna?

Gracey se quedó estupefacta, no esperaba que su jefe fuera tan directo, aunque tampoco debería sorprenderse tanto. Era un tiburón de los negocios. Estaba claro que debía ser directo cuando la cuestión lo requiriese. Inconscientemente apretó los labios un par de veces sin ser capaz de emitir ni una palabra.

–Imaginaba que era cosa de Brenna. ¿Archer sabe que pretendéis convertir su rancho en un parque de recreo para gente de ciudad?

Gracey sentía las mejillas arder por el apuro del momento. Nada estaba saliendo como había previsto. Ahora, hasta su jefe se entrometía en aquel asunto. Se recolocó la chaqueta, guardó la carpeta en la mochila y entonces se obligó a mirarlo a la cara.

–Yo solo quiero aprobar la carrera. Nada más. Le conté la idea a Brenna para que me ayudase a revisar las cifras de los ranchos…

–Y le gustó. Normal. Brenna es una chica lista y sabe que esto les puede ayudar. Pero Archer no se lo va a tomar bien.

–Ya se ha enfadado conmigo. Y no quiero formar parte de eso.

–Cuando hables con ella pásale las notas que dejé junto con sus cuentas. Espero que le valgan. Y dile que, si necesita un empujón, aquí me tiene.

Al salir de The Sweet and Wild se dirigió a su casa, comió comida recalentada sola mientras le echaba un vistazo a las anotaciones que su jefe había hecho a la memoria del proyecto. No le quedaba tanto tiempo como le gustaría, tenía que darse prisa para terminar el trabajo y preparar la exposición.

Antes de salir dudó, pero le sacó un par de fotografías a las demás notas que había hecho Edrick, las que iban sobre las cuentas del rancho Upper Creek, y se las envió a Brenna. Como estaba segura de que la seguiría llamando sin descanso, puso el teléfono en silencio y lo metió en el bolsillo de los vaqueros.

El día anterior su vecina la Señora Cassidy, que llevaba una granja casi contigua a su vivienda, le había dicho que su hija pequeña Dolly, junto con algunas amigas de su misma edad, habían hecho diversas decoraciones para el festival a lo largo de la semana. La niña quería enseñárselas y que le ayudase a terminar algunas.

Y aunque no tenía apenas tiempo libre, no pudo negarse. La niña le había preguntado la semana anterior si ella también podía ayudar a preparar el festival y le había dicho que sí. Su intención era que todo el mundo pudiese participar. Además, a los Cassidy no les iba bien económicamente, como a su familia, y la niña creía que si

ayudaba con el festival podría mejorar la situación de la granja.

Dolly se mostró muy entusiasmada cuando la vio llegar y más todavía al decirle que usarían todas sus decoraciones en la plaza del ayuntamiento. Llamó al hijo mayor de la Señora MacEnro para pedirle que se pasase al día siguiente a recogerlos, ya que todo el material que se iba a usar en el festival se estaba guardando en el enorme granero de su granja.

Ya estaba atardeciendo cuando salió de allí con los rizos completamente desordenados escapándose de su coleta de caballo y manchas de pintura en los antebrazos cuando vio una furgoneta oscura aparcada ante la puerta de su casa. Hundió las manos en los bolsillos y se dirigió hasta allí, maldiciendo en su interior.

CAPÍTULO 14

No le hizo falta acercarse demasiado para darse cuenta del nivel de cabreo de Brenna Cooney. Apoyada contra la furgoneta, con los brazos cruzados sobre el pecho, el largo cabello castaño cayendo desordenado por el rostro y el ceño fruncido, dejaba claro que estaba muy molesta. Lo suficiente para estar allí esperándola sola mientras anochecía. Aunque le sacaba casi una cabeza de altura, esa mujer lograba intimidarla como pocos.

–¿Qué es lo que te pasa, Gracey? –el tono de su voz era frío y lamentó no haber dado la cara antes– ¿Puedo saber por qué llevas todo el día sin responderme al teléfono?

–He estado liada con asuntos del festival. Precisamente, vengo de la granja…

–No me cuentes rollos, por favor. –La interrumpió sin miramientos, con la barbilla apuntando hacia ella– Podías haber sacado dos minutos para hablar conmigo en cualquier momento. Si hubieras querido, claro.

–No te cabrees, Brenna. No quiero discutir. –elevó los hombros un par de veces, pero la otra no cambiaba su actitud– Es solo que no quiero problemas. Tu hermano se enfadó cuando nos descubrió hablando de este tema y todavía no se le ha pasado.

–¿No me contestabas sólo porque mi hermano se puso medio tonto cuando nos escuchó hablar en la cocina? –Gracey bajó los párpados a la vez que sus mejillas se sonrojaban antes de ser capaz de asentir. Al verla así, Brenna abrió los brazos en gesto de rendición y cambió el tono en el que se dirigía a ella– ¿Tanto te gusta mi hermano?

–Sí. –la respuesta fue rotunda. Ya no tenía sentido mentir o andarse por las ramas. Brenna era demasiado frontal como para eso. –Me gusta lo suficiente como para haberme metido a organizar el festival a cambio de poder tener una cita con él.

La expresión de la vaquera era de incredulidad tras escuchar su confesión, pero no le importaba. Era la verdad, aunque llegado a ese punto Gracey sentía que estaba a punto de quedarse sin nada después de tanto esfuerzo. Las propinas que recibía en el bar habían caído en las últimas semanas y, tras el enfado de Archer comenzaba a temer que eso diese igual porque él finalmente no participase en la subasta.

–¿Por qué pensabas que formar parte del comité de un festival te iba a conseguir una cita con mi hermano? Ni siquiera le gusta…

–Por la subasta de solteros, Brenna. Pensaba comprar una cita con él.

La vaquera permaneció unos segundos en silencio, con un gesto rígido en la boca. Por un instante, le pareció vulnerable, como si dudase qué decir.

–¿Podemos entrar en tu casa? Hay algo que quiero contarte.

Gracey la llevó hasta la cocina, preparó un par de tes helados y, cuando la otra se iba a sentar, le indicó que prefería subir a su habitación. Allí tenía la documentación que le interesaba a Brenna. Además, su madre y su hermana estaban a punto de llegar y temía que dijese alguna inconveniencia sobre su relación con su hermano delante de ellas.

Una vez arriba, sentadas ante el pequeño escritorio, Gracey se apresuró a coger los papeles que le había pasado Edrick Hudson y colocarlos ante ella, deseosa de terminar con aquello cuanto antes. Brenna les echó un vistazo superficial y los apartó, lejos de ambas.

–Gracias por dármelos, pero antes quiero que entiendas por qué quiero llevar a cabo tu idea. Aunque mi hermano se cabree.

–Ya dijiste el otro día que la mitad del rancho era tuya. Y no tienes que darme explicaciones.

–Sí que tengo, porque quiero que me ayudes. El rancho no va bien. –abrió la boca pero no le dio tiempo a responder– Sé que en Mountainview Valley más negocios tienen problemas por la crisis y las inundaciones, claro. Lo que nos pasa a nosotros no es exactamente eso. Gastamos mucho dinero comprando el rancho de los abuelos. Pensábamos que se encontraba en mejor estado, pero ha habido que hacer muchos arreglos para ponerlo a funcionar.

–Llevaba varios años prácticamente parado. Vuestros abuelos eran mayores y en los últimos tiempos ya no tenían energía para eso.

–Desde luego, pero entre la compra, los arreglos y los sueldos de los trabajadores hemos gastado mucho dinero. Y en la compra de los caballos también, claro. Archer quería un rancho de cría de caballos y a mí me pareció bien apoyarle, pero ninguno de los dos conocía en profundidad el negocio.

Brenna le dio un trago largo a su bebida y se rascó la nuca con insistencia. Era la primera vez que la veía nerviosa en toda su vida, así que tuvo claro que la situación de la que le hablaba era grave. Seguramente el problema económico era mayor que lo que se rumoreaba en Mountainview Valley.

–Sabíamos que era un negocio que necesitaba un tiempo para comenzar a dar sus frutos, pero pensábamos que empezaríamos a ver beneficios antes. Al menos lo suficiente como para cubrir gastos. El problema es que nos hemos gastado una parte importante de nuestros

ahorros. Y si no empezamos a ver dinero ya, tendremos que cerrar. No podemos endeudarnos más. Especialmente porque mi hermano no va a poder volver a ganar tanto dinero como cuando trabajaba de especialista.

La noticia la dejó fría. Sabía que muchos de los negocios de la zona estaban teniendo problemas serios, pero no se imaginaba que el rancho de los Cooney se encontrase en una situación tan complicada.

–Sigo sin entender para qué necesitas mi ayuda. Yo no soy una vaquera. No sé nada de negocios.

–Tu idea puede ayudar a salvar el rancho. Estoy convencida. No necesito que ganemos demasiado, solo lo suficiente para que nos permita mantener el rancho en funcionamiento hasta que la cría de caballos dé sus frutos. Sé que Archer ha hecho muy buen trabajo seleccionando las yeguas y las crías. Van a ser animales muy demandados para trabajar en las granjas, los ranchos y algunos de ellos incluso para las exhibiciones de los rodeos.

–Lo que dices es que quieres que te ayude a tener un negocio que os permita aguantar hasta que el Upper Creek pueda funcionar por sí mismo.

–Exacto. Sé que no somos amigas, no te pido que lo hagas por mí, pero el rancho da mucho trabajo en la comunidad. Y no creo que Archer aguantase otro revés más. Aunque no quiera dar su brazo a torcer.

Gracey repasó mentalmente lo que su interlocutora le acababa de contar y supo que no tenía elección. El rancho de la familia Cooney era uno de los más grandes de la zona y, desde que los hermanos habían vuelto, habían dado trabajo a muchas personas de la comarca. Si cerrasen supondría un golpe excesivo para la economía local. Uno demasiado grande y que no podrían solucionar, aunque hiciesen festivales todos los fines de semana.

Y además había otro problema mayor. Si el rancho cerraba, probablemente los dos Cooney se volverían a ir. Quizá le costase tener una cita si su vaquero continuaba cabreado con ella, pero le sería absolutamente imposible llegar a nada más si se marchaban porque no volvería a saber nada de él.

Apretó los labios con nerviosismo y se pasó las palmas de las manos por las perneras para secarse el sudor. Todavía esperaba tener una oportunidad con Archer, pero mantener el rancho con vida era, al menos, igual de importante.

–Muy bien, Brenna. Te ayudaré.

CAPÍTULO 15

Gracey se bajó de la vieja furgoneta de su madre y se adentró en el Rancho Upper Creek agarrando con fuerza su mochila. Sacudía la cabeza, negando, todavía sin poderse creer que al final Brenna la hubiese sido capaz de convencer para que volviese al rancho.

No estaba segura de estar allí, ya que podría encontrarse con Archer, porque estaba convencida de que él seguiría enfadado con ella, pero a la vez no había podido negarse ante la insistencia de su hermana. Sin embargo, lo que no entendía era cómo se había dejado convencer para pasar la única mañana libre que tenía ese mes allí, cuando por la tarde tendría que ir con otros miembros del comité a la plaza del pueblo para supervisar el montaje de las instalaciones para que quedase a punto para que el festival comenzase al día siguiente.

Levantó la vista y vio que Brenna salía de un establo cercano con los primos Ford y que, al darse cuenta de su presencia, le hacía una seña con la mano para que se acercara mientras los hombres cargaban unos bultos en una furgoneta aparcada al lado. Se situó detrás de Breena y esperó a que se marchasen antes de hablar.

–¿Me puedes volver a explicar qué pinto yo aquí?

–Ya te lo dije ayer…–se le escapó una sonrisa que corrigió enseguida mientras ordenaba su sedoso cabello castaño– Necesito que veas las instalaciones y me ayudes a evaluar el potencial. Ver qué podemos ofrecer con lo que ya tenemos y cuándo podríamos arrancar con la oferta para turistas.

Gracey jugueteó en el suelo de tierra con la puntera de sus botas de vaquera castaña, con la vista clavada en el camino antes de volver a dirigirse a ella.

–Mi jefe se dio cuenta de que te interesa llevar a cabo mi proyecto de fin de curso en el rancho. –sintió la mirada acerada clavarse en ella y antes de que le dijese nada más añadió– Me ha dicho que, si te interesa, puede colaborar contigo.

El bufido que salió de la vaquera le dejó claro que no lo veía como una opción. Brenna se ajustó un sombrero vaquero castaño en la cabeza antes de indicarle hacia donde ir. Gracey apretó el paso y se puso a su altura.

–Deberías considerarlo. Es mucha mejor ayuda que yo.

–Si Edrick me ayuda será a cambio de algo.

–Tú me has ofrecido el treinta por ciento de los beneficios del rancho aventura.

–Y a cambio me has dicho que esperarás a cobrar hasta que la situación de Upper Creek esté estabilizada. ¿Crees que Edrick aceptaría algo así? No aceptaría ese porcentaje, querría entrar como socio en el rancho. Y ahí sí que mi hermano se enfadaría.

–Creo que ya está enfadado. Al menos, conmigo.

Brenna paró en seco, le dedicó una larga mirada y abrió un par de veces la boca. Parecía dudar en si decir algo o callar y, finalmente, ganó la segunda opción. Abrió las puertas de un almacén y se subieron a la misma ranchera que usó Archer para llevarla a casa. El recuerdo le supo agridulce, especialmente porque empezaba a parecer demasiado lejano.

La vaquera condujo hasta un grupo de cuatro cabañas de tamaño mediano y que, al menos desde fuera, se veían en mejor estado que otras de las instalaciones del rancho. Las puertas de madera estaban pintadas de colores vibrantes y diferentes entre sí. Brenna paró el vehículo y se dirigió a la que tenía la puerta de color verde hierba.

–Pasa. Quiero que veas la cabaña por dentro. Las cuatro son casi iguales. Podemos verlas todas en otro momento si tú quieres, pero para que te hagas una idea rápida, con una basta.

La cabaña era una edificación entera de madera, de planta baja, que contaba con salón cocina, una habitación grande, otra más pequeña y un baño completo. Resultaba muy funcional, contaba con los electrodomésticos básicos y parecía nueva o recién reformada. La decoración era escasa y de estilo rústico, pero sin personalidad. Parecía que nadie hubiera vivido allí.

–Tiene potencial. ¿Éstas serían las viviendas que usarían los turistas del rancho aventura? –Brenna asintió lentamente, con el rostro tenso y fijo en ella– ¿Y a Archer y los rancheros les dará igual?

–Las cabañas no se usan. Cuando mis abuelos llevaban el rancho, muchos de los trabajadores vivían aquí con sus familias. También las usaban otros que eran temporeros y necesitaban un sitio donde meterse mientras estuvieran en el pueblo. Ahora, los trabajadores fijos viven todos en el pueblo. Los únicos que se han quedado alguna vez en el rancho son los primos, Cody y Duncan Ford, y lo han hecho en la vivienda anexa a la principal. Reformamos las cabañas cuando compramos el rancho pensando que las necesitaríamos, pero no se llegaron a estrenar.

Gracey se paseó por el salón, deslizando los dedos sobre los muebles, evocando en su mente las instalaciones de otros centros similares al que querían montar. La mayoría de ellos tenían un toque más personal y aquella estancia parecía sin alma.

–Vamos a necesitar ayuda. Las cabañas tienen potencial, pero tienen que parecer más auténticas. Puedo hablar con Katie Jenkins, mi

compañera en la cafetería. Ella es muy buena con la decoración y la restauración.

La vaquera se cruzó de brazos, negando en silencio con la cabeza. Parecía frustrada y enfadada.

–Las cabañas están bien, Brenna. Pero las que yo vi en internet estaban mejor. Tienes que parecer la mejor opción para poder ser más competitivo y que te elijan. Y, si hay suerte, incluso poder cobrar más caro. Y Katie seguro que nos ayuda encantada.

–Bueno, pues habla con ella, pero dile que no lo comente. No quiero que se sepa en el pueblo antes de tenerlo en funcionamiento. Si alguien abre la boca antes de tiempo y otro rancho se nos adelantase…

–¿Y la vivienda anexa? Es grande, entraría mucha gente en un mismo sitio…

–Por ahora no se puede– le interrumpió– Habría que arreglarla y no quiero gastar dinero si no es necesario hasta ver que el negocio funciona.

Las dos regresaron a la entrada al Rancho Upper Creek más de tres horas después. Gracey se sentía agotada pero contenta porque creía que podía ayudar a su compañera a arrancar el nuevo negocio y veía recorrido. Había tomado muchas notas en su libreta con algunas ideas que se le habían venido a la cabeza y que se podrían llevar a cabo. Algunas serían factibles casi de inmediato con muy poca inversión y por eso se las había trasladado a Brenna, mientras que otras las guardaba para más adelante, para cuando el negocio estuviese en marcha y se pudieran permitir hacer algunas inversiones.

Estaba a punto de insistirle a la otra mujer que la acompañase durante la tarde a la plaza del ayuntamiento cuando el sonido de un caballo le hizo girarse en seco. Archer era el jinete de aquel caballo casi negro y, aunque no podía ver su rostro, supo al instante que tenía los ojos clavados en ella, perforándola y que, sin duda, seguía molesto.

–¡Brenna! ¿Qué estáis haciendo? ¿Qué hace aquí? –La voz sonó como un trueno y Gracey se estremeció por dentro. Aunque sabía que estaba enfadado con ella y que sus posibilidades eran cada vez más remotas, la visión de aquel auténtico vaquero a caballo la seguía excitando. Sin darse cuenta avanzó un par de pasos hacia el cowboy y, cuando fue consciente de lo que hacía retrocedió hasta situarse detrás de su compañera.

Archer se quedó quieto en donde estaba, sin llegar a acercarse a las dos mujeres. Brenna le hizo un gesto vago con la mano mientras le respondía a Gracey que se aseguraría de enviar a varios empleados del rancho para ayudar con el montaje de las casetas y los escenarios para los conciertos y el gran baile del sábado noche. Y añadió en un susurro

que si podía se pasaría. Después apretó ambas manos con fuerza, hasta cerrarlas en un puño que se veía blanco de la tensión, y se encaminó con rapidez hasta su hermano.

Viendo lo tensa que estaba la situación, Gracey decidió llamar a su madre, esperando que todavía estuviera libre y pudiera ir a recogerla. El día anterior la vaquera le había prometido que la llevaría de vuelta, pero la aparición súbita de su hermano parecía haber alterado los planes.

CAPÍTULO 16

Al ver la cantidad de gente que se hallaba ya en la plaza del ayuntamiento, Gracey no pudo contener una exhalación. Después de cómo estaba saliendo todo en los últimos días, había temido encontrarse la plaza prácticamente vacía y tener que hacer todo el trabajo duro ella y las viejas damas del comité.

Sin embargo, estaban presentes muchos vecinos del pueblo de diversas edades, desde niños hasta ancianos, y algunos ya estaban cargando con los distintos materiales, descargándolos de las furgonetas que los traían desde la granja de la Señora MacEnro y apilándolos en el centro de aquel amplio espacio.

Gracey sonrió y se acercó a las señoras del comité, que la estaban llamando desde lejos y comenzó a dar indicaciones precisas de en dónde comenzar a montar los puestos de venta de comida y de productos agrícolas.

A diferencia de otros años, querían que los puestos de compra y venta estuviesen en las calles que rodeaban la plaza grande del ayuntamiento y una pequeña plaza ajena. En la plaza central pondrían dos escenarios, para dar acogida a los pequeños grupos de la zona que tocarían durante el día y al famoso grupo de country que daría un gran concierto la noche del sábado. En la plaza más pequeña se situarían las actividades para niños y parejas, los establos con los potros y el puesto de información en el que estaría disponible alguien del personal del comité para cualquier problema que pudiera surgir.

–¡Ay, querida! Creo que vamos a tener la mejor fiesta de la cosecha de los últimos diez años. – le dijo la señora Lawson– Ya lo decía yo desde hace años. Necesitábamos a gente nueva en el comité, como tú.

Gracey evitó poner los ojos en blanco y en su lugar le dirigió una sonrisa de compromiso. Esa mujer había sido la más crítica con sus ideas desde que había entrado en el grupo de organización, aunque ahora pareciera haberlo olvidado.

–Parece que después de tiempos tan duros para el pueblo, todo el mundo tiene ganas de salir a celebrar y evadirse un rato. –de lejos le pareció ver a los Señores Holden, los beneficiarios del dinero que recaudasen ese año y de súbito se acordó– ¿Habéis visto a Brenna?

Las tres mujeres se miraron entre ellas antes de que MacEnro respondiese por todas.

–Si te refieres a la chica de los Cooney, por aquí no ha pasado.

Pero tampoco confiaría en que lo hiciese. Esos dos muchachos van a lo suyo. Si apenas salen del rancho…

–Pues es una pena que no estén–añadió otra de las mujeres– Los Holden han venido para agradecer el compromiso de toda la comunidad para ayudarles a restaurar su granja y seguro que les gustaría verlos.

Gracey maldijo internamente ya que ella sólo estaría esa tarde, puesto que el viernes tenía que dejar presentado el proyecto de fin de curso y, aunque ya lo había terminado, quería repasarlo antes de enviarlo a su profesor. Contaba con que Archer no se presentase a ayudar porque desde la primera vez que les habló del festival en el rancho fue muy claro al respecto, pero su hermana le había prometido que asistiría esa misma mañana y no podía creer que faltase a su palabra después de todo.

Enrabietada con la situación, Gracey se apartó ligeramente de las mujeres, metió la mano en el bolsillo y marcó el número de Brenna. Después de todo, había escuchado mil veces que los Cooney eran gente de honor y ella se lo había prometido. Y aunque se dijo a sí misma que hacía la llamada por el festival, en el fondo sabía que no era del todo cierto.

Quería sacarle lo que había hablado con su hermano y saber si ese fin de semana iba a tener su oportunidad o mejor se centraba en estudiar y dejarlo pasar. A los tres tonos una voz cansada respondió al otro lado.

–Hola. ¿Ha pasado algo, Gracey? ¿Necesitas que os llevemos algo?

–¿Dónde estás? Llevo un buen rato esperando por ti.

–No creo que pueda ir, ha habido un contratiempo con unas facturas y lo estoy resolviendo.

–Los Holden han preguntado por vosotros un par de veces ya. No hay nadie en representación de Upper Creek. Y me prometiste que vendrías.

–Te dije que lo intentaría. Y ya he enviado a algunos muchachos para ahí, estarán al llegar...

–Pues muy bien. –intentó calmarse. Se había mosqueado y estaba pagando su frustración con ella– Si no puedes venir no pasa nada. Y si necesitas ayuda puedo pasarme al acabar aquí.

–En realidad…–el silencio al otro lado se interrumpió por un par de carraspeos. Se preocupó un poco, ya que no entendía qué era lo que le estaba costando tanto decir a una persona con un carácter tan decidido como a ella– No te enfades, pero he hablado con mi hermano. Estaba harta de ver cómo se comportaba. Está conforme con que llevemos el rancho aventura siempre que siga haciéndome cargo del rancho como hasta ahora.

–Genial. Oye, ¿por qué me has dicho que no me enfade?

–Porque además de la idea, también le he hablado de ti. Te dejo que estoy ocupada. Si acabo pronto me paso por ahí.

La vaquera colgó y ella se quedó viendo la pantalla de su teléfono durante unos instantes un tanto perpleja. Se alegraba que los hermanos hubiesen acabado con las diferencias, sobre todo porque haría más sencillo ejecutar el nuevo proyecto. Pero no le había gustado para nada cómo había evitado su pregunta.

Un buen rato después de haber hablado con Brenna, y con todo el material y el trabajo distribuido, escuchó un motor que se acercaba a la plaza. Levantó la cabeza y descubrió que era una furgoneta del rancho Upper Creek. Varios trabajadores se bajaron y se acercaron a los demás voluntarios.

Archer estaba en el asiento del copiloto, con el sombrero blanco hundido hasta las cejas y, aunque no podía verle los ojos, le pareció que la miraba a ella. Gracey levantó una mano durante unos instantes, a modo de saludo, pero él no hizo nada y, unos segundos después, el vehículo salió de la plaza.

Sacudió la cabeza con pena, notando como se le salían algunos mechones del recogido. No había visto ninguna reacción negativa en su rostro, pero tampoco se había bajado para estar con el resto del pueblo y eso le hizo pensar que, a pesar de la conversación con su hermana, seguía molesto y no sabía cuándo tendría la ocasión de volver a hablar con él. De explicarse y sacarlo de su error, porque por el modo en que le había hablado desde que supo su idea del rancho aventura y la situación económica en su casa, era que a ella únicamente le movía el dinero. Y aunque lo necesitaba para poder quedarse en Mountainview Valley, solo le había movido ayudar al rancho. Pero él de eso no sabía nada.

Decidió sacarlo de sus pensamientos y se dirigió a donde estaba el grupo de los recién llegados para encargarles que ayudasen en el montaje del escenario de la plaza principal. Ya estaba dirigiéndose a otro grupo de trabajo cuando Cody Ford se puso a su lado y la interrumpió.

–Ya nos ha dado el aviso la jefa… ¡y anda que no habéis salido ganando!

Gracey arrugó las cejas, sin comprender a qué se refería el hombre de pelo castaño que tenía frente a ella con una sonrisa contagiosa en el rostro. Al darse cuenta, añadió.

–Brenna nos ha dicho que Archer no va a poder participar en la subasta de solteros. Así que en representación del Rancho Upper Creek venimos mi primo y yo. Los increíbles Ford, ya sabes. –la sonrisa se ensanchó todavía más, como si hubiese hecho una broma muy graciosa– Un dos por uno en solteros, vaya.

–Ah… Eso es estupendo. –fingió una sonrisa mientras se clavaba las uñas en la palma de la mano– Nos ayudará a conseguir más fondos para los Holden.

–Bueno, no ha sido cien por cien voluntario. Ya sabes el carácter que tiene la jefa. –dejó salir una risita nerviosa– Y aún así, salís ganando. No sé si habrá mucha chica interesada en mí, pero Duncan las trae a todas loquitas. Verás que van a pujar más por él que por nadie…

A Cody se le escapó un suspiró y Gracey le palmeó el antebrazo con afecto. Conocía lo suficiente a Cody como para saber que era un buen chico y que el principal motivo por el que iba a participar en la subasta era el poder tener una cita. Era enamoradizo, tímido y no demasiado afortunado con las chicas, todo lo contrario del sinvergüenza de su primo Duncan.

–Gracias por participar, Cody. Espero que lo pases genial con tu cita.

Se apartó de allí lo antes que pudo y, en vez de dirigirse al grupo de señoras mayores que le habían pedido ayuda para colocar la decoración de los puestos de comida, se encaminó hacia una estrecha calle lateral que supuso que estaría vacía.

Una vez allí se refugió de la vista del resto dentro de un soportal y se puso de cuclillas, con las manos tapándose los ojos. La cabeza le daba vueltas, tenía pinchazos en el estómago y se estaba empezando a marear, así que se concentró en respirar lentamente, intentando calmarse y controlar las lágrimas.

Desde el principio había sabido que lo que Cody le había dicho era una posibilidad que ahora se había hecho realidad. Se había quedado sin su cita soñada con Archer en el festival.

Unos minutos después se incorporó y regresó a la plaza, donde algunos ya la buscaban. A partir de ese momento, fijó en el rostro una sonrisa hueca de compromiso y siguió adelante con el montaje de los tenderetes. No podía dejarse llevar por lo que sentía en aquel momento porque, si lo hacía, se iría en ese mismo momento a su casa, se encerraría en la habitación y lloraría hasta que le doliera la cabeza.

Una parte de ella no podía creer que después de todo lo que se había esforzado para llegar hasta allí, todo el trabajo que había realizado con el comité, las damas y los vecinos para conseguir sacar adelante el festival, todas las horas extras en la cafetería para ganar el dinero suficiente para poder pujar por su chico, todo el tiempo que había invertido yendo al rancho, … al final, el esfuerzo por conseguir su primera cita con Archer no hubiera servido para nada.

Así que tiró del moño medio deshecho y se ató el pelo en una coleta tirante, apretó los labios un par de veces y se dijo que ya tendría tiempo para lamentarse cuando hubiera terminado aquel

trabajo.

CAPÍTULO 17

El sábado siempre había sido el día grande del festival de la cosecha y se notaba por la cantidad de personas que se juntaban en el centro del Mountainview Valley. Ese año, y contra todo pronóstico, los vecinos estaban de acuerdo en que era el mejor festival de la cosecha que podían recordar en años.

La plaza principal del ayuntamiento, así como la más pequeña casi pegada, estaban iluminadas con numerosas guirnaldas de luces con forma de gotas que cuando se movían por el viento, parecían la corriente de un río y cuando comenzaron las actuaciones musicales, le daban un aire romántico. Los puestos de alimentos y de comida rápida que ocupaban las calles eran de aspecto rústico muy cuidado y la decoración que había dispuesta por el pueblo tenía el punto justo entre divertida y funcional.

Los sitios reservados para actividades infantiles no habían parado a lo largo del día. Los niños habían disfrutado montando a potros, tanto en doma como en rodeo, corrido por laberintos de paja, participado en competiciones de comer manzanas o transportar huevos en una cuchara, entre otros. Y en cuanto atardeció, los jóvenes y adultos ocuparon la calle para asistir a la primera subasta de solteros que precedía a los conciertos de los dos principales artistas country que habían podido contratar.

La gente parecía estar pasándolo mejor que nunca y eso le estaba crispando los nervios a Gracey mientras repasaba una vez más la ponencia que tendría que realizar ese lunes, apenas dos días después, delante de los profesores. Todos estaban disfrutando del festival de la cosecha mientras que ella estaba en un puesto infantil que ya había cerrado, al final de una calle poco transitada que daba a la plaza, y que habían convertido en un puesto de información. Había intentado repasar su trabajo, pero en realidad estaba aburriéndose soberanamente.

–Ey, Gracey… ¿Has visto la cantidad de chicas jóvenes que han venido este año? – el hijo de la señora MacEnro le hizo un gesto elocuente con las cejas, mientras le dejaba una jarra con agua y limón y un vaso sobre la mesa– El próximo año tienes que incluirme en la subasta, ¿vale?

Hizo un gesto con la cabeza, algo parecido a un asentimiento seco, bebió el agua y volvió a hundir la cabeza entre sus papeles. Todos los asistentes se lo estaban pasando bien en esa fiesta menos

ella y, aunque era una queja un tanto infantil, no pudo evitar sentirse molesta con todo el mundo.

Había organizado la estúpida subasta para poder comprar una cita con el hombre que le había hecho suspirar desde la primera vez que se fijó en él con trece años. Y había insistido en llenar la plaza con aquel tipo de luces para poder tener un baile romántico a la altura de una cita que hiciese que él quisiera repetir.

Oyó unas voces y al levantar ligeramente la vista vio a Duncan Ford con una joven morena bajo el brazo y se le escapó un bufido que no intentó contener. Si él estaba ahí, la subasta debía estar a punto de concluir, ya que Duncan era uno de los premios gordos que habían decidido poner hacia el final. Ella no había querido asistir, pese a la insistencia de las damas del comité. Temía no ser capaz de controlarse y que se le escapase una lágrima o empezase a gritar.

Escuchó los primeros acordes de la actuación y sorprendida echó un vistazo rápido a su teléfono para comprobar que eran casi las nueve y media de la noche y se dijo que ya había tenido suficiente de aquella tortura. Comenzó a recoger todo su material escolar y a guardarlo en la mochila antes de enviar un mensaje al grupo de organización del comité avisando de que se iba a su casa con la excusa de los estudios, para que mandasen a otra persona a cubrir el puesto de información.

Cerró la mochila y la agarró por un asa, colgando casi a ras de suelo, sin fuerzas para ponerla en los hombros. Parecía que dentro de la mochila llevaba el peso de toda la semana. Apenas había dado un par de pasos cunado pensó que no quería pasar por delante de la plaza para que la intentasen convencer de que se quedase allí, así que se volvió para salir por ese mismo camino y lo vio.

Desde el final de esa calle, medio a oscuras, se acercó Archer hasta pararse apenas a un metro de ella. Estaba muy atractivo con unos pantalones vaqueros negros ajustados, la camisa de manga larga metida por dentro y su habitual sombrero vaquero, que le dejaba el rostro en sombras. Ya no esperaba verlo y, tras la sorpresa inicial, la rabia se encendió por dentro sin poder evitarlo.

Esta vez fue ella quien clavó la mirada fija en él, cuadró los hombros y le hizo un gesto con la barbilla a la vez que se encaminaba a la salida.

–Buenas noches, Archer. Pásalo bien.

Al llegar a su altura, el vaquero, con un movimiento rápido, le agarró la muñeca donde colgaba la mochila, obligándola a parar casi pegada a él. Volvió a sentir el mismo escalofrío que las anteriores veces que habían estado así de próximos, pero descartó la idea tan rápido como llegó a su mente.

Tras unos instantes que se le hicieron larguísimos en los que

ninguno dijo nada y con la música del concierto sonando de fondo, se decidió.

–¿Qué quieres de mí, Archer?

–¿A dónde vas? – elevó la otra mano señalando en dirección a la plaza– El festival aún no ha terminado.

–Para mí, sí. –se recolocó el vestido sobre la rodilla antes de cruzar el brazo libre sobre las caderas– Tengo hambre, estoy cansada y esto no se ha parecido en nada a lo que esperaba.

–Mis vaqueros me han dicho que está siendo un gran festival de la cosecha. –balanceó el peso entre los dos pies y añadió–¿Qué era lo que esperabas, Gracey?

En ese momento no sabía si el vaquero estaba siendo sincero o si se lo decía a modo de burla, pero le dio igual. La respuesta se escapó de entre sus labios antes de darse cuenta.

–¿Para qué crees que me metí en el comité del festival, Archer? A riesgo de parecerte una niñata, te lo voy a decir porque ya da igual. Solamente quería una cita perfecta contigo. Tampoco es que se tratase de algo muy elaborado. Quería que pasásemos la tarde juntos, comiésemos una manzana de caramelo y al llegar la noche me besases mientras bailábamos en la plaza. Eso era lo que esperaba.

Tiró del brazo con fuerza para intentar soltarse y largarse de allí con la mayor cantidad posible de dignidad que le quedara después de lo que acababa de decir, pero él no aflojó el agarre.

Archer dio un paso más, se inclinó y la besó con dulzura, apoyando la mano en su espalda para pegarla más a él a la vez que el beso ganaba en intensidad y deseo.

Poco después la separó con suavidad de él y Gracey tardó un instante en ser consciente de que le había soltado su muñeca y ahora la mochila colgaba de la espalda de Archer. En un gesto rápido, llevó una mano a su hombro y la apretó contra su costado, caminando en el mismo sentido en el que ella se dirigía antes de ese encuentro.

Cuando se pasó la sorpresa inicial carraspeó y elevo la cabeza, dejándose guiar por el callejón a andar.

–¿A dónde vamos?

–Tú lo has dicho, Gracey. Estás cansada y tienes hambre, así que nos vamos a cenar y luego te llevo a tu casa, para que descanses. Que además el lunes tienes la exposición y tienes que coger fuerzas.

–¿Has escuchado algo de lo que he dicho?

–Sí, por eso vamos a comer y a dormir.

–Me refiero a lo demás…–sintió la vergüenza apoderarse de su ánimo, dio gracias a que con la oscuridad relativa que los envolvía no le vería las mejillas encendidas. –Lo que dije después de eso.

–¿Lo de tu cita perfecta? – ella bajó la cabeza y asintió, incapaz de añadir una palabra– Eso mejor lo dejamos para el año que viene,

pequeña.

EPÍLOGO

Gracey volvió a ver su reflejo en el espejo de cuerpo entero que había en la habitación y pensó que ese vestido vaquero le quedaba prácticamente igual que hacía un año. Se pasó rápidamente los dedos por el pelo oscuro y ensortijado, intentando que no se viese tan despeinado como de costumbre.

Escuchó los pasos que se acercaban por el pasillo y se apuró a recoger un bolso pequeño y la chaqueta antes de que se abriese la puerta. En el rancho la impuntualidad era casi un pecado. Sobre todo, para Archer.

–Ya estoy lista.

–Están todos fuera esperando por nosotros, pequeña. –se apoyó en el marco de la puerta, llenándola con su presencia. Llevaba el pelo más largo que de costumbre, cayéndole del lado derecho del rostro, cubriendo gran parte de las cicatrices, con el sombrero colgando de una mano– No vamos a llegar a tiempo de presenciar la subasta de solteros.

–No tenemos por qué ir. –Se aproximó de manera sensual y le dio un beso en la comisura de los labios– Si se van todos, no estaría mal quedarnos en Upper Creek y…

–Ni hablar. –posó una mano firme sobre su hombro y la sacó entre risas de la habitación que compartían en la casa principal– Y deja de intentar sabotear nuestros planes.

–Pero si a ti no te gustan esas fiestas.

–A mí no, pero a ti sí. –se inclinó y le robó un beso mientras salían de la vivienda y se dirigían a la camioneta que tenía serigrafiado el logotipo del Upper Creek Ranch Adventure– Y llevo un año esperando para tener la cita perfecta.

Gracey sonrió al escuchar sus palabras, recordando todo lo que su vida había cambiado en un tan solo un año. No estaba segura de si esa tarde estaría a la altura de las expectativas, pero no podía importarle menos. Ese año junto a Archer había sido mucho más que perfecto, había sido real.

AGRADECIMIENTOS

Gracias por leer esta novela. Si te ha gustado puedes ayudarme mucho a seguir adelante dejando una valoración o reseña en Amazon.

Si quieres ponerte en contacto conmigo puedes hacerlo a través de mi correo electrónico dulcemartinezwri@gmail.com o Instagram con el nombre de usuario @dulcemartinezwri o en mi página de Facebook en el enlace https://www.facebook.com/dulcemartinezwri